3 1761 08820250 2

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón*. *Milord*. (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas*. Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V —*Impresiones de viaje*.—*La carta verde*. *La doncella práctica*. (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto*. *Mi viaje á Alemania*.—*El domingo de carnaval*. *Tres señoritas sensibles* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres*. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París*. (Segunda edición) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo*. (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cávia. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios*. (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres*. — (Apuntes de mi tiempo), 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas*. (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas*. (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas*.—*Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas*. (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo*. (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIX.—*Cosas de Francia*. (El modernismo en Francia.—París íntimo.—París por dentro. (Prólogo de Antonio Cortón). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XX.—*Teatro* (primera serie). — *Alta chulería* (Comedia inédita en dos actos en prosa).—*No la hagas y no la temas* (Proverbio en dos actos en prosa).—*¡Duerme!* (Monólogo en verso).—3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXI.—*Escenas y tipos de Madrid* (Crónicas — tercera serie—con un prólogo de Angel María Castell). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXII.—*Españoles y franceses*. (Semblanzas—tercera serie—con un prólogo de Manuel Bueno). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXIII.—*Cuentos nuevos*. (Serie A.)—*Cosas raras*. (Crónicas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincías.

XXIV.—*Soledades*. (Poesías, con un prólogo de Juan Valera). 3 pesetas Madrid. 3,50 provincias.

Imprenta y Encuadernación de Josè Rueda.—Huertas, 58.

Es propiedad de los herederos de D. Eusebio Blasco.

3644

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XXIV

SOLEDADES

206189
5. 10. 26

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

AL CONDE DE MORPHY

EN TESTIMONIO DE AMISTAD

El autor.

PRÓLOGO

Sr. D. Wenceslao Blasco

Mi distinguido amigo: Con gran satisfacción y no menor contento, escribiría yo el prólogo que usted me pide para la nueva edición de las poesías de su señor padre; pero hay dos razones que hacen difícil, cuando no imposible, que yo le escriba.

Es la primera, que mi quebrantada salud, la pérdida casi completa de mi vista y los mil quehaceres y compromisos que tengo, y de los cuales recelo que no lograré salir airoso, me impiden contraer compromiso nuevo, que de seguro no podría yo cumplir con la premura que usted indica y que el caso exige.

La segunda razón es, todavía, más evidente. ¿Qué voy á decir ni qué quiere usted que yo diga, á no

repetirme, después de lo que ya he dicho sobre las poesías de Eusebio Blasco? El artículo que escribí, muchos años há, hablando de ellas, no desagradó á su señor padre de usted, ya que le insertó casi íntegro, ó íntegro, en el prólogo que él mismo puso al tomo *Soledades,* publicado en la Biblioteca Universal en el año de 1878.

Si persiste usted en su deseo de que alguna crítica mía preceda á la nueva edición de los versos de su señor padre, ¿por qué no pone en dicha nueva edición el prólogo de 1878, en el que todo, ó casi todo, mi mencionado artículo va incluído?

Crea usted que me pesa de no poder ni saber complacer á usted más completamente, pero repito que no acertaría yo ahora á decir en elogio de su padre de usted nada más atinado que lo que entonces dije, ni nada que más imparcial y juicioso me parezca. Hasta las exageraciones, injusticias ó errores míos, están corregidos por las observaciones y los argumentos, tan discretos como corteses, con que su señor padre de usted los contradice.

Soy siempre de usted muy afectísimo amigo,

JUAN VALERA

27 Marzo 1903.

Va, pues, como prólogo de este tomo, el juicio crítico del eminente é inmortal literato, gloria de las letras patrias.

Y dice así:

«Con el título de *Soledades* se ha publicado recientemente un lindo tomo de poesías.

Sólo con escribir y publicar versos en nuestros días, en que tan poco se estiman, se leen y se compran, da el que lo hace una gran prueba de entusiasmo y de amor devotísimo á las Musas. Por dicha, estas divinidades ejercen singular atractivo sobre bastantes almas, las cuales se consagran con fervor á su culto, sin esperar por ello fortuna y á veces ni gloria. Así se explica que se den aún á la estampa tantas poesías en España, donde, por lo común, anda la gente más preocupada de sus apuros prosáicos y reales que de ideales sentimientos y sublimes aspiraciones. Y esto, no porque seamos ahora más pobres que en tiempos antiguos, sino por una deplorable inversión en el orden cronológico de ciertos sucesos. Aquí, antes que las nuevas artes, métodos y energías de que se valen otras naciones para ganar dinero en abundancia, han penetrado el afán de gastarle, el lujo, el sibaritismo y todos los refinamientos que no había. Triste sería la tal situación si no fuese tan cómica; pero, sea como sea, aparta la mente de la muchedumbre de toda poesía, y de la poesía lírica con especialidad.

Casi, pues, sin que España lo sepa, porque no es España uno ó dos millares de personas, únicas que hablan acaso de versos, y que los leen; casi en el desierto, como Juan el Bautista, y en virtud de un amor á prueba de desdenes, ha aparecido en estos últimos tiempos un verdadero enjambre de poetas líricos, entre los cuales hay, en nuestro sentir, algunos no inferiores á los más celebrados de otras edades.

Mucho convendría que la crítica seria tratase con reposo y extensión de esta parte del movimiento literario. Ya que no lo hace, nosotros, aunque sea de

ligera, por no dar para más nuestro ingenio, ni prestarse á otra cosa la índole de este periódico, procuraremos poco á poco ir hasta cierto punto supliendo esta falta.

Habría que hablar, como del primero en esta pléyade de poetas, del malogrado Bécquer, cuyas obras al fin se han reimpreso poco há, y después de José Alcalá Galiano, de Grilo, de Martí y Folguera, de Querol, de Salvany, de Campo-Arana, y de otros varios, cuyo valer debe ponerse de realce.

Resplandece y descuella en esta pléyade nuestro amigo particular y político Núnez de Arce, de quien aparecerá pronto una colección de bellas leyendas.

Hoy hablaremos de las poesías del Sr. Blasco, que han dado ocasión á las anteriores reflexiones.

Tal vez logren dichas poesías vencer la indiferencia pública y ser más populares de lo que así se usa. A ello contribuirán las circunstancias de ser ya el señor Blasco muy conocido y aplaudido como autor dramático, y de que sus versos, discretos, ingeniosos y sentidos, tienen cierto carácter muy propio para penetrar en el ánimo de los más rebeldes á todo sentimiento poético; están escritos, aunque parezca una blasfemia estética lo que vamos á decir, á la moda del día.

En efecto, no se puede negar que hay moda para escribir versos. Todo poeta debe seguirla, so pena de que sus contemporáneos le desdeñen. No debe, con todo, exagerar la moda, porque se hará ridículo ó empalagoso y caerá en la caricatura. El Sr. Blasco tiene el buen tino de no exagerar nunca la moda.

Difícil es determinar á las claras y con brevedad en qué consiste dicha moda, cuáles son sus principales caracteres. Veremos, no obstante, si apuntamos algunos.

Los versos de ahora han de tener profundo senti-

do filosófico; han de ser transcendentales. De esta parte de la moda apenas se resiente el Sr Blasco, y se lo debemos agradecer. Los novísimos poetas filósóficos suelen ser secos como el esparto; tienen gran énfasis pedagógico, y al cabo no dicen casi nunca sino pomposas y vacías vulgaridades.

Otro carácter es el de una *sensiblería* extraña á nuestro carácter nacional y falsa las más veces. El primero que deslució sus poéticas inspiraciones con esta insufrible *sensiblería*, fué Cienfuegos.

Otro carácter, conservado aún desde la época del romanticismo, es el desprecio de la forma, que lleva á menudo al poeta á expresarse más rastreramente que lo haría en vil prosa, sin que por eso prescinda de combinaciones rítmicas y difíciles metros que desmienten su propósito de no dar importancia á la forma.

Otro carácter se manifiesta más que en nada en lo que llamamos *cantares*, que son una mezcla híbrida, un monstruoso ayuntamiento de los *lieder* alemanes con las seguidillas y coplas de fandango andaluzas. Surgen de aquí, en nuestra fantasía, unos majos, contrabandistas y *cantadores*, lánguidos, arrobados, extáticos y hasta hegelianos ó *schopenhauerianos*, que verdaderamente ponen grima y nos mueven á santiguarnos, como si se nos presentara una mala visión.

Libre el Sr. Blasco de las exageraciones y del exceso, sigue la moda, no obstante, en lo cual, no sólo le disculpamos, sino que le aplaudimos. La moda se funda en algo: se funda en la propensión, en la *tendencia* de ideas y de sentimientos en un dado período histórico; y no es posible que el poeta prescinda de todo esto, sin convertirse en anacronismo viviente.

Debemos, pues, aplaudir en el Sr. Blasco que con

recto juicio haya sabido templar en sus versos la inclinación á lo que está de moda, y no haya caído en el extravío á que la exageración conduce.

Así es que, no bien en sus versos hay algún asomo de dicho extravío, la estrofa en que aparece, disuena de las otras y hace resaltar más la natural sencillez y hermosura del resto de la composición. Sírvanos de ejemplo la poesía señalada con el número XVII (sin título), donde el poeta nos describe una cita de amor, en su casa, con una linda dama enamorada, que viene á verle y se está con él en tiernas pláticas toda una tarde de primavera. Estos versos son de los más bonitos del tomo, están impregnados de un voluptuoso sentimiento, y hay pasión en ellos, pero pasión harto profana y un si es no es pecaminosa. La dama viene de oculto á ver al poeta; se cubre con cuidado al irse para que nadie la vea, y el poeta hace mil extremos porque tan sabrosas citas no menudean como él quiere.

Lo que sucede durante la cita está descrito con viveza y con delicado primor.

Aquí en estrecho lazo los dos unidos
Saldrán á nuestros labios los corazones,
Y oiremos el eco de sus latidos
Contando en el silencio las pulsaciones.

El poeta se entusiasma y se empeña en trasponer al cielo con su querida; pero ya se entiende que no al cielo cristiano, sino á un cielo erótico y gentílico, donde tienen un palacio aéreo los genios del amor, y donde son siempre felices los corazones enamorados. Otras veces, más tranquilo el poeta, desea sentarse, y se sienta ó se hinca de rodillas, sin duda sobre un almohadón, junto á su amada, y le dice entre otras ternuras:

Mirar con sed del alma quieren mis ojos
Los rizos desprendidos sobre tu espalda.
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos
Con mis manos dormidas sobre tu falda.

Todo esto está muy bien y dentro del tono de la composición; pero francamente, parece diabólica ocurrencia que hable el poeta, en medio de este delirio amoroso, de María Santísima y de su propia madre de él, enseñando la imagen bendita de la Virgen á la dama galante que le prodiga sus favores. Bien está que le enseñe todas las otras cosillas que tiene en su cuarto: pero ¿á qué la imagen de la Purísima Señora, que no podía menos de condenar aquellas locuras? La intervención de la Vírgen en esta escena no es, por dicha, impiedad del Sr. Blasco, sino un ligero olvido del sano juicio y un golpe impremeditado de *sensiblería*.

El sentimiento de buena ley abunda en el corazón del poeta, y se muestra en bastantes composiciones suyas. Tanto más de lamentar, por lo tanto, que tal cual vez venga la pícara *sensiblería* á mezclarse con él rebajando sus quilates y empañando su brillo.

Por lo general, en los versos consagrados á su mujer propia y legítima y á sus hijos, es donde el poeta es más verdadero de sentimiento, y por consiguiente, más poeta.

Otra cuerda, si no tan penetrante como la del amoroso sentimiento, de no menos agradable sonido, tiene la lira del Sr. Blasco: la cuerda que, con palabra importada de Inglaterra, si bien con cierto fundamento español, podemos llamar *humorística*. El poeta cómico se descubre á cada paso en el lírico, con chistes delicados y urbanos, con fina ironía y con pensamientos que provocan á dulce risa, y que á veces, combinados con cierta amargura, infunden melancolía á par que hacen sonreir.

De este género hay en el tomo un gran número de composiciones, que son las más divertidas y gratas de leer.

Son también muy discretas y graciosas casi todas aquellas composiciones ligeras, que propiamente no se pueden calificar de amatorias, pero que contienen cierto sabor de galantería, por ir dedicadas á alguna señora, sobre todo cuando la señora es joven y no fea.

En toda la colección hay que celebrar la tersura del estilo, la maestría y facilidad con que el autor versifica, y la sobriedad de palabras, relativamente á la fecunda amplitud de nuestro idioma.

Resulta de todo lo expuesto, que el tomo se lee con verdadero deleite.

Las dos últimas composiciones, que van como apéndices, son de las mejores, y sin duda las más importantes del tomo.

La primera, dedicada á Núñez de Arce, lleva por título *Himno al trabajo*, *Las ferrerías*, y es una de esas obras en que se logra demostrar que el industrialismo de la edad presente y todos los prodigios que crea son digno y adecuado asunto para la poesía lírica. El poeta canta primero las armas, todo aquello que con el hierro se hizo y se hace para que los hombres luchen entre sí; sigue cantando los instrumentos pacíficos que también el hierro ofrece á la civilización, y termina pidiendo á los tostados obreros, á los modernos cíclopes, que forjan y trabajan los metales, que canten el himno de la gloria moderna y que modelen y vacien la sonora campana que convoque á los pueblos á las fiestas de la paz general y de la buena concordia.

La segunda poesía del apéndice es más bella aún. No es, ni con mucho, tan sublime su pensamiento, ni tan elevada su entonación; pero no hay recuerdo de otras obras que eclipsen su belleza. Es una com-

posición más original, más castiza, más sin antecedentes y más propia del señor Blasco.

Va dedicada dicha composición al señor Fernández Grilo, y lleva por epígrafe *Relación de viaje*.

El género á que pertenece esta composición es conocido en todas las literaturas; pero en los tiempos modernos se le ha dado gran valer y se le ha cultivado con notable tino y felicidad en Alemania y en Inglaterra. Consiste en una discreta imitación y adaptación de la poesía homérica á nuestros modernos usos y costumbres.

La pintura candorosa y sencilla de la vida diaria, y no ya de la vida de los palacios, ni de una vida ideal de pastores olorosos y llenos de moños de seda, sino de la gente rústica y burguesa, es el principio de esta poesía; la cual es, en el arte de la palabra rítmica, lo que los cuadros flamencos en el arte de Apéles. Quizá los dos más acabados y completos modelos de este género sean *Herman y Dorotea*, de Goethe, y *Evangelina*, de Longfellow.

La narración del Sr. Blasco es muy breve, no es una historia completa como las ya citadas obras maestras; pero es un bonito y bien logrado ensayo en el género referido. Todo se reduce á que, viajando el poeta á caballo por el reino de Aragón, llega á un lugar donde, en vez de ir á la posada, le convida á su casa y le hospeda y le agasaja en ella con franca hospitalidad el señor alcalde, que es un verdadero patriarca, rico para lo que en el lugar se requiere, generoso, sencillo, feliz y bueno. La descripción de la casa, del huerto, de la cena y de la vida y bondad rústica del liberal alcalde, hecha en preciosas, fáciles y castizas redondillas, constituye toda la composición, á nuestro ver, lindísima y de lo más selecto del tomo. Cierto que al leer estos versos se recuerdan los muy conocidos de García del Castañar,

y algunos otros, aunque pocos, del mismo orden; pero no eclipsa este recuerdo la brillante hermosura, ni amengua la espontánea novedad de las redondillas de Blasco.

En suma, su tomo de poesías es estimable por todos conceptos, y añade nuevo y frondoso ramo á la corona de laurel que el poeta ha conquistado en el teatro».

NOTA IMPORTANTE

Hay en este tomo algunas poesías en las cuales se notará alterada la combinación métrica, interrumpida á veces la consonancia ó aconsonantados algunos versos que debieran estar asonantados. No fué descuido, sino deseo de que resultara natural la composición á riesgo de que pareciera incorrecta. Puede notarse lo que digo en las poesías LIII, en las tituladas *Vecino curioso, La paz en la cuna* y otras. Me complazo en corregir y limar mis versos; pero en los de este tomo, como en algunas de mis comedias, cuando he creído que habían de perder naturalidad, no he vacilado en dejar aconsonantados algunos de tal cual romance, ó asonantadas dos redondillas inmediatas, si por evitarlo había de perder el diálogo espontaneidad ó la poesía sencillez.

Florentino Sanz, Zorrilla, Narciso Serra, el mismo Bretón, lo han hecho así, sin dejar por eso de ser verdaderos poetas ni pasar por sospechosos de desconocer las reglas vulgares del metro.

E. B.

SOLEDADES

I

Yo tengo en el alma
La luz escondida,
Que alumbra en la sombra
Y amante convida
Con dulce calor,
Y ahuyenta y confunde la duda impotente
Y engendra el amor.
Yo escucho en la mente
La voz que se exhala
Del fondo del pecho,
Y al alma regala
Con dulce placer,
Y en sueños de gloria le infunde esperanzas
De inmenso poder.
Yo siento en mis venas
Correr presurosa,
Cual dulce y alegre
Corriente copiosa
De eterno bullir,

La sávia fecunda que impregna la vida
De afán de sentir.
Yo siento en el fondo
Del pecho sediento
El mágico impulso,
Que audaz movimiento
Prestando á mi pie,
Me manda en la sombra seguir adelante
Y engendra la fe.
Yo siento en el alma
Tronar lava hirviente,
Bramar la tormenta,
Rugir el torrente
Con ronco fragor;
Incendio escondido, recóndita llama
De eterno calor.
Y en cóncavo acento,
Mil voces secretas,
Cual hondos clamores
De ocultos atletas,
Con ecos de intenso
Tenaz frenesí,
Me mandan que viva con ansia creciente,
Y amándote, aliente
Mirándome en ti!

II

Vén; allá en la playa la paz nos espera:
Robando al Otoño sus melancolías,

Buscaremos juntos, cuando el día muera,
Tú las soledades, yo las armonías.
Juntas las cabezas, unidos los talles,
Al soplo de Octubre que agosta las flores,
Iremos buscando por montes y valles,
Tú nidos amantes, yo ritmos de amores.
Del mar á la orilla, que es dulce retiro,
Serán nuestro arrullo las ondas en calma.
Y allí exhalaremos, al dar un suspiro,
Tú toda tu vida, yo toda mi alma.
Y este amor eterno que oculto vivía,
Unirá dos almas que un beso fundió:
Yo seré el poeta, tú la poesía;
Tú serás el aire, y el suspiro yo.

Valle de Toranzo.—1864.

III

Era yo niño, y un día
Vi que mi madre vestía
Traje de negro crespón;
Y al contemplarla, sentía
Tristeza en mi corazón.
¡Ay!, desde entonces la vi
Siempre de negro; y á mí
La blusa azul me quitaron,
Y otra negra me compraron
Y de negro me vestí.
Por una senda apartada,
Mi madre, triste y callada

Y de las gentes cobarde,
Salía ¡siempre enlutada!
Cuando moría la tarde.
  Alcé temeroso un día
Los ojos para mirar
A la triste madre mía,
Y al verme que sonreía
Rompió la pobre á llorar.
  Y yo entonces recordé
Su rostro fresco y hermoso,
Y cambiado le encontré,
Y su traje antes vistoso
Con el negro comparé.
  Negro su traje y el mío,
Negro el monte, negro el río
Que ya la noche ocultaba...
Todo en derredor, sombrío,
A llorar nos convidaba.
  ¡Reflejaba igual color
La descuidada heredad
En silencio aterrador!
¡Reinaba en nuestro redor
Una negra soledad!
  Madres y niños venían
A vernos; todos lucían
Colores que envidié yo.
Madres y niños reían...
¡Ay! ¡pero nosotros no!
  Pasó el tiempo, yo volé;
El pájaro deja el nido

Cuando con alas se ve,
Y al mundo y álegre ruído
De la vida me lancé.
El tiempo y loca la edad
Y otros colores risueños,
Y el amor y la amistad,
Y el placer y los ensueños
De gloria y de vanidad,
Tornáronme sonriente;
Que el dolor que un niño siente
Es en la vida un minuto.
Más ¡ay! ¡mi madre doliente...
Aún va vestida de luto!

Madrid.—1866.

IV

Afán de amor porque de amar le tienes,
Como le tiene de probar la luz
La mariposa que el peligro ignora,
Eso es, mi vida, lo que sientes tú.
Ansia de amarte aunque infeliz me hicieras,
Y en el mundo no más estar los dos,
Y que fin nuestras vidas no tuviesen...
Eso es, mi vida, lo que siento yo.

Ginebra.—Agosto de 1867.

V

Torpe es el mundo que pretende artero
Turbar la dicha que en mi pecho alienta,

Torpe el destino que con falso agüero
Me anuncia duelos y agobiarme intenta.
  Yo del dolor y su opresión me curo,
Yo del pesar abrumador me río,
Porque ya de tu amor estoy seguro
Y sé que al fin tu corazón es mío.
  Como los cuervos en feroz bandada
Buscan la presa en el erial desierto,
Las negras penas de mi vida airada
Buscando vienen mi cadáver yerto.
  Pero aunque hambrientas devorarme quieran,
Hay algo que se libra al hambre suya,
Y es el alma, que en vano me pidieran
Porque la tengo en tí junto á la tuya.
  No hay penas, ni pesares, ni aflicciones,
Que aniquilen mi eterno sentimiento,
A prueba estoy de agravios y traiciones,
Porque pensando en tí, vivo y aliento.
  Para sufrir mi vida zozobrante
No necesito espíritu animoso,
Me basta con pensar en ti un instante
Para que el mundo me parezca hermoso.
  Venga, pues, el dolor á envejecerme
Rugiendo en torno á mí con voz herida,
Que mientras vivas tú para quererme
Yo he de amar las tormentas de la vida!

A bordo.—1866.

VI

Me dió un beso mi madre, y aquel día
Otro posé yo en tí,
Sin pensar ¡ay de mí! que no era mío
El beso que te di.
Beso que tú cual amorosa prenda
No supiste guardar,
Y á otros labios, traidora, lo vendiste
Dejándote besar.
Aquel cínico y torpe libertino
Que el beso mereció,
Con igual falso amor que te fingía
Otros labios besó.
Yo en tanto el mundo recorriendo alegre
Y olvidado de tí,
En brazos del placer y de la orgía
La vida consumí.
Una noche, entre el ruído y el mareo
Del vino y del amor,
Sentí unos labios que, con sed de amores,
Turbaron mi estupor.
No supe adivinar, pero el aroma
De un recuerdo aspiré,
Y dos amores de mi edad primera
Temblando recordé.
Y al aspirarlos ambos confundidos
Del canto en el rumor,
Y envueltos en la atmósfera candente
Del vino y del amor,

Ébrio, aterrado, en vacilante paso
De donde estaba huí;
Torné á mi hogar y hallé á mi madre en vela
Y á darla un beso fuí.
Mientras exista, viviré pensando
Lo que por mí pasó;
Mi madre amante me besó en la frente...
Y triste me miró.
¡Ay! si del beso que perdido lloro
Volvieras á saber...
Entonces, sólo entonces, presurosa
Ven á besarme, ven!

VII

PRIMERA SONRISA DE LA PRIMAVERA

Á JULIA

Ya del tétrico invierno desolado
Desparecen los últimos vapores,
Y allá en el horizonte sonrosado
Brilla el sol con purísimos albores.
Sus cálices las flores
Abren al nuevo sol, de hojas repletas;
Resplandecen sus múltiples colores,
Exhalan dulce aroma las violetas,
Cantan himnos á Dios los ruiseñores.
Del campo ayer sombrío
Sobre la agreste y pálida llanura,

Á influjo de plácido rocío
Gérmenes brotan de feraz verdura;
Suspira en la espesura
Céfiro blando que en la selva anida;
La fuente que murmura
Canta las excelencias de la vida.
Ya del almendro la abundante rama
Florece perfumando el verde prado;
Canta el jilguero en la tupida grama
Con trino enamorado.
Rompe la tierra el refulgente arado,
Despiertan los pastores,
Renueva el campesino sus labores;
De la fragante acacia ayer dormida
Brota la flor que infunde en nuestra vida
Blando, excitante, embriagador aroma;
Ya la gentil paloma
Tiende su vuelo por el aire puro,
Y el ancho espacio hiende
Para llegar al tapizado muro,
Donde el fresco rosal sus ramas tiende,
Y en el que aguarda el casto compañero
Que al dulce amor primero
Despierta palpitante,
Viendo llegar la tierna esposa amante.
Del húmedo fresal las verdes hojas
Abren su cárcel al gentil capullo;
Tímidas de rubor despuntan rojas
Las temblorosas fresas, y al murmullo
De la brisa de Abril que las orea

Tiemblan, y al soplo que su pie cimbrea.
La verde clavellina
Renace al sol que amante la engalana;
La rosa alejandrina
Rica en fragancias mil se iergue ufana;
Diáfano y claro el bullidor arroyo
Se desparrama en la floresta humbrosa,
Y el río en su corriente melodiosa
Cantando de los campos los primores,
Brinda esperanzas y difunde amores.
¡Oh sol ¡Oh luz! ¡Oh flores!
¡Oh Silvia idolatrada,
Mi dulce compañera!
¡Gocemos de la brisa embalsamada
Que esparce la naciente primavera!
La dulce y placentera
Senda apartada que á vagar convida
Sea nuestro camino,
Dejándonos llevar por el destino
Que nos manda gozar la edad florida.
Y, pues, hoy nuevo sol al mundo vino,
¡Vivamos para amar! ¡Bella es la vida!

VIII

ÚLTIMO SUSPIRO DEL OTOÑO

Á SALOMÉ NÚÑEZ

Del viento que los árboles despoja
Y abatiendo su pompa el tronco hiere,

El quejumbroso acento en cada hoja
Se lleva un ¡ay! de la estación que muere.
  Del monte altivo á la desierta cumbre
Mientras gime doliente el cierzo frío
Descienden con inmensa pesadumbre
Las anchas nubes de color sombrío.
  Refleja el mar la lobreguez del cielo:
La espléndida llanura
Tornóse árido suelo
Descolorida y sin verdor y obscura.
  Ya el aire no resuena
Con cánticos de amores,
Azota el viento la crujiente entena,
Y huyen el mar los tristes pescadores.
  Las moribundas flores
Que del verde jardín adornos fueron,
Sin vida y sin amores
Desfallecidas de pesar murieron.
  Silbando entre las cañas
Vaga el ábrego en triste melodía,
Y el río entre sus juncias y espadañas
Preludia el fin del moribundo día.
  Perdieron ya los campos el tesoro
Que ayer Céres vertiera esplendorosa;
Las altas mieses del color del oro,
Las verdes parras y la vid pomposa.
  Ruge el viento en los pardos olivares,
Y Orion furioso, amenazando guerra,
Surge de los espesos castañares
Y ronco brama en la eminente sierra.

De la feraz llanura y prado herboso
Desparecieron las brillantes galas,
Los pájaros con vuelo perezoso
Vagan cerniendo las cansadas alas.
Las olas con que el mar su fondo mueve
Su furia estrellan en las altas rocas,
Y á la montaña la naciente nieve
Ciñe las blancas y tempranas tocas.
Los valles solitarios y desiertos
Repiten de la mar el eco vago,
Los caminos cubiertos
De hierba y jaramago
Guardan las huellas que en profundo asiento
El tardo buey en el arado uncido
Dejó con paso fatigoso y lento
De la carreta al rechinante ruido.
Ya perdiéndose van los segadores
Por la vega, y el bosque y mustio prado,
Y tornan los pastores
Al amor de la lumbre deseado.
El dulce canto que en alegres días
El eco repitió, triste se pierde,
Y en granjas y alquerías
Resuena el recrujir del tronco verde.
Dan sus ricos tesoros al granero
La rubia espiga y el turgente lino,
Y entorna ya el cansado molinero
La puerta del molino.
¡Lánguido sol, que en rojos arreboles
Doras muriendo las colinas yertas

Y á quien siguen cual tristes girasoles
Mis ojos tristes y esperanzas muertas,
En los efluvios de tu luz poniente
Lleva el suspiro cariñoso y tierno,
Y sea en el hogar de Silvia ausente
Como en ella mi amor, huesped eterno!

Righi-kulm.—1867.

IX

(Una salus victis nullam sperare salutem.)

Corriendo van tu corazón y el mío
De un amor delirante arrebatados,
Como van por el ímpetu del río
Los rígidos cadáveres lanzados.
Se pierden en el mar, tristes despojos,
Los cuerpos que arrastraron las arenas;
Las lágrimas que vierten nuestros ojos
Se pierden en el mar de nuestras penas.
No intentes detener el curso airado
Del río que rugiente se desborda;
Deja que nuestro amor desenfrenado
Vaya á perderse en su corriente sorda.
Va el río al mar, y el piélago infinito
Corren á hundirse las deshechas quillas,
Como el placer en nuestro amor maldito
Lóbrego mar sin fondo y sin orillas.
Vano es volver la vista á lo pasado,

Vano nuestro pesar, llantos y enojos,
Sigamos nuestro rumbo apresurado
Cerrando al bien los espantados ojos.
Que pues la suerte nos unió á despecho
Del deber y el honor y el albedrío,
Tu pecho al estrechar contra mi pecho
Tu corazón juntando con el mío,
Náufragos tristes que del viento aleve
Seguimos juntos la impulsión constante,
Juntos perdamos la existencia breve
Entre el fragor del huracán tronante.
Quédese atrás lo que olvidó el delírio;
Muerte y dolor el horizonte ofrece:
¡Quién buscó en su pasión sordo martirio,
Consienta en sucumbir como merece!

París.—Enero, 1868.

X

Te amé desde niño; no sé si me amabas,
Ni osé preguntarlo, ni pude saberlo;
Partí de la aldea; la suerte lo quiso.
Te llevé en mi pecho.
Torné victorioso; mas ¡ay, que era tarde!
Seguida de un hombre salías del templo;
Tu dicha cantaban alegres campanas,
¡Tu dicha y mi duelo!
Dos años más tarde pasé por la aldea,
Y hallarte dichosa pensó mi deseo.

No pude encontrarte; mas ¡ay! las campana
Tocaban á muerto (1).

XI

DESPEDIDA

Aquí estoy... ¿he tardado, amada mía?
Ya apuntan los luceros,
Ya saludan los pájaros al día
Posados en los verdes limoneros.
Habla bajo, por Dios, tu madre duerme;
no quiero que te riñan por quererme...
No llores ni suspires:
Cuando volver me mires,
La gloria que á tu amor traiga mi anhelo
Compensará el pasado desconsuelo.
No llores... mira bien que el tiempo vuela.
Cese, por Dios, tu lloro;
Cada lágrima tuya
Me borra de tus labios un «te adoro».
¡Cuánto en este lugar hemos amado!
Corrían murmurantes y tranquilos

(1) Esta poesía, la siguiente y la que lleva el número XXIII, son las únicas que he creído poder reproducir de la agotada edición de mis primeros versos publicados en 1866 con el título de *Arpegios*, libro que, á pesar de haberse agotado, me parece hoy detestable por lo descuidadísimo de la forma, como no podía menos de ser, dadas las circunstancias en que fué escrito. Es la obra de un principiante sin experiencia alguna literaria, y llena de incorrecciones y defectos.

Los arroyos del prado,
Que aroman las magnolias y los tilos...
¿Dices que tardaré? No, no lo creas.
¿Que no me olvidarás?... ¡Bendita seas!
Aqui te dije amores
Al verte sola por la vez primera;
Mira: llevo en el pecho aquellas flores
Que para mí robaste á la pradera;
Aún secas y marchitas
Viven á mi calor por tí benditas.
¡No suspires, mi bien... tu mano arde...
Cálmate... Adiós, adiós, es ya muy tarde!...
Deja, por Dios, que del postrero beso
Lleve el calor: mi corazón lo espera;
Cruzando el mar lo mandaré á tu lado
Cuando la tarde muera!

.....

¿Has oído un rumor?... van á encontrarte...
Naciendo el día está... ¡fuerza es dejarte!
Tuyo siempre, mi bien, mi eterno encanto...
¡Suéltame, por piedad... cese tu llanto!...
Que olvide mi deber... ¿Eso me pides?
¡Chist! ¡Calla! ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Que no me olvides!

XII

A CARLOS COELLO

¿Qué vago y misterioso desaliento
Mi corazón devora?
¿Qué voz es ésta que con hondo acento

Dentro del pecho desengaños llora?
Vivir no puedo así; con sed horrible
Sigo una luz que su calor me ofrece,
Una ficción, un sueño, un imposible
Que oculto llama y que jamás parece!
La veo entre las mágicas visiones
De eterna pesadilla,
Y despierto con dulces impresiones,
Viendo siempre la luz que lejos brilla.
¿Quién es? ¿En dónde su fulgor destella?
¿Qué atmósfera la envuelve?
Tiempo me falta para hallar su huella;
Mas ¡ay! el tiempo que se va no vuelve!
Un año y dos, y treinta, en sed constante
La busco y la persigo
Suspirando por ella delirante,
Y más se esconde cuanto más la sigo.
A veces una forma encantadora
Me infunde una esperanza;
Y en engaño feliz mi alma la adora,
Y ciega en brazos de su amor se lanza.
Ya el breve encanto del placer pasado,
Le canto mi querella,
Y al ver el eco de mi voz ahogado,
Lloro al dejarla, porque no es aquélla.
Mudanza infiel, ó criminal desvío
En derredor me acusa;
Mas ¡qué hará en desagravio el pecho mío
Si *ella* no es nunca la ignorada musa!
Mi alma abismada en hondo desconsuelo,

Tenaz dolor refleja
Tal vez el alma que encontrar anhelo
Sin verme pasa y de mi amor se aleja.
La blanca nube en moribundo ocaso
Traspone la colina;
Mi edad tras ella consumiendo paso...
Y el alma en triste soledad declina!

XIII

La péndola monótona
Con su tenaz sonido
Un tiempo acompasaba
Nuestros amantes cálidos suspiros.
Minuto tras minuto
Las horas avanzaban,
Y un mundo de secretos
Había en nuestras ávidas miradas.
La péndola en sus lentas
Sonoras vibraciones,
Marcaba los latidos
De dos enamorados corazones.
Así todo un invierno,
Los dos lejos del mundo,
La péndola tan sólo
Nuestras veladas ignoradas supo.
Pasaron los amores,
Murieron los placeres,
De la pasión el fuego
Tocó la edad en desolada nieve.

Cuando en la fría noche
Del solitario invierno
Delante de la lumbre
Sombras evoco y mi pasado veo.
Cuanto adoré potente
Lo lloro destruído;
¡La péndola tan sólo
Sigue, tenaz, hiriendo mis oidos!

XIV

LA ORACIÓN

¡Oíd! Con són doliente que el ancho espacio hiere,
Resuena la campana cuando la tarde muere,
Y el sol hunde sus rayos en el confín del mar.
¡Oíd! Allá en la torre voltea la campana
Que al corazón infunde la santa fe cristiana
Y anuncia un día menos en el que va á expirar.
Ya el campo sin faenas quedando va desierto,
Las barcas pescadoras volviendo van al puerto,
La lumbre en los hogares comienza ya á lucir.
Fosforescentes brillan las murmurantes olas,
Y lánguidas las flores plegando sus corolas
Se humillan dolorosas sintiéndose morir.
El pájaro nocturno se cierne en la montaña,
Los perezosos bueyes tornando á la cabaña;
Hoy como ayer pasaron, más lentos hoy que ayer!
Buscando van las aves el amoroso nido,
El bosque entre las ramas exhala hondo gemido,
Y van las hojas secas rodando á perecer.

La sombra se alza y crece; la noche avanza obscura
Silencio reina en torno del monte y la llanura
Y el campo no repite ni el más leve rumor.
Medrosa el aura leve los árboles orea,
Y el humo que levanta la obscura chimenea
Se pierde entre la sombra sin forma y sin color.
¡Orad! Que son momentos de meditar en calma
La luz que expira infunde recogimiento al alma
Y plácidos alivios al cotidiano afán.
¡Orad! que la campana, con fúnebre armonía,
Recuerda en los celajes del moribundo día
Las horas que se alejan, los días que se van.
Orad, y á Dios fervientes alzad los corazones
Y el alma en el crepúsculo sus breves ilusiones
Aprenda en las imágenes que mira por doquier
La vida es luz poniente, sol que fugaz refleja.
La flor que se marchita y el humo que se aleja,
Hoja que el viento lleva rodando á fenecer.
Orad, y en estas horas de calma y de reposo,
Serena el alma siga su rumbo proceloso
Del mar del infinito bogando en la extensión.
¡Orad! Que nadie sabe si existirá mañana,
Y lenta resonando la fúnebre campana
Nos une al cielo amante con ecos de oración.

En la montaña.—10 de Agosto de 1866.

XV

El corazón me dice: ¡ama y espera!
Y la mente me grita: ¡finge y calla!

La pasión siento en mí rugiendo fiera,
Y la razón la humilla y la avasalla.
Quiero sentir, y en vano voy buscando
Quien sienta como siento y como pido;
Quiero pensar, y el corazón llorando
Fallece en triste soledad y olvido.
¡Por esta lucha el alma combatida
Sucumbe la materia quebrantada,
Y al final voy llegando de la vida
Sin haber visto el sol en la jornada!

XVI

Son las tres; va á venir; me ha prometido
Pasar toda una tarde junto á mí;
Todo la espera... el cuarto perfumado
Cual árabe pensil,
Entornado el balcón, la chimenea
Rebosando de leña, que al crujir
Produce sones que al amor convidan;
Abierto el piano; el vals en el atril,
Las azucenas esparciendo aromas,
Vertiendo esencia el temblador jazmín.
. . . . . .
¡Qué lento pasa el tiempo! ¡Oh lluvia grata!
Coro de besos me parece oir.
Bendita la cadencia cariñosa
Que nos arrulle así.
Me late el corazón; ¿será que llega?...

La seda oigo crujir...
Ya resuenan sus pasos temerosos...
Se acerca... ¡ya está aquí!

París.—Enero de 1870.

XVII

Mientras alegres cantan tiernos poetas
Del campo en luz bañado la lumbre pura,
Y el balsámico aroma de las violetas
Y la fuente sonora que amor murmura;
Mientras brindan amores de encantos llenos
Las flores de los valles, la luz del día,
Y los limpios arroyos corren serenos,
Y en los álamos verdes la alondra pía;
Mientras mece sus hojas la esbelta palma
Que el aire cariñoso gentil cimbrea,
Y el mar, como tus ojos, inunda el alma,
Y al arrayán silvestre la brisa orea;
Mientras suenan canciones en las cabañas,
Y el ruiseñor exhala tristes congojas,
Y el sol dora las cumbres de las montañas,
Y en el bosque dormido tiemblan las hojas,
Y en el mundo se anuncia la primavera
Y es todo alegre y rico, pingüe y fecundo,
Ven, que tú y yo aquí juntos la tarde entera,
Vamos á ser dichosos lejos del mundo.
Ven, que ya el aposento donde te pido
Confesión de mil sueños, que tú no sabes,

Tibio está y amoroso como está el nido
Donde el canto primero lanzan las aves.
Ven, que ya entre la leña que se consume
La moribunda llama tiembla y ondea,
Y al aire en que respiro falta el perfume
Que tu aliento de rosa siembra y orea.
Ven, que los verdes troncos crujiendo lloran,
Y los blandos asientos junto á la lumbre,
Convidan al secreto con que se adoran
Los que de amar á solas tienen costumbre.
Mirar con sed del alma quieren mis ojos
Los rizos desprendidos sobre tu espalda,
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos
Con mis manos dormidas sobre tu falda.
Yo te diré entre tanto que el aire hiere
Los entornados vidrios con dulces sones,
Lo que se siente viendo la luz que muere
Cuando envuelve la sombra dos corazones.
Te diré los tormentos en que me agito
Cuando en mis soledades, de sombras llenas,
En insomnio de amores febril palpito
Devorando en silencio mis hondas penas.
Te haré ver de mi lecho bajo la almohada
La rosa que en secreto me diste un día,
Y á deshora me cuenta con voz callada
Lo que en tu blanco seno feliz sentía.
Donde quiera que tornes tus ojos claros
Verás que tus recuerdos forman mi culto,
Porque de ellos mis ojos son siempre avaros,
Y ellos son el tesoro que guardo oculto.

Aquí hay calor del alma que tu amor siente,
Y al apagar la llama sus resplandores,
Darán dulces perfumes al tibio ambiente
Dormidas en sus vasos las frescas flores.
Aquí donde no alcanza la vista humana
Sentiremos corrientes fascinadoras,
Y pensando en que nunca llegue mañana
Dejaremos que pasen lentas las horas.
Aquí en estrecho lazo los dos unidos
Saldrán á nuestros labios los corazones,
Y oiremos el eco de sus latidos
Contando en el silencio las pulsaciones.
Serán de nuestra dicha rítmico arrullo
Cuando el último rayo nos mande el día,
La lumbre con su vago dulce murmullo,
La péndola con triste monotonía.
Resonará en mi pecho, rápido y breve
El suspiro medroso que amante exhalas,
Como el dulce aleteo tímido y leve
Con que el amor en torno cierne sus alas.
¡Boguemos en la sombra con rumbo á un cielo
Que oculta entre sus nubes luciente día!
Deja que nuestras almas rompan su vuelo
Navegando en las ondas que el aire envía
En las masas informes del ancho espacio
Y en la niebla flotante de mil vapores,
Levantaron los genios aéreo palacio
Donde cantan tus glorias y mis amores.
Yo te guardo una patria desconocida
Y en su región sin nombre serás señora;

Nuestro ambiente es la niebla descolorida,
Nuestro mundo la sombra desoladora.
Boguemos como el aire sobre la espuma,
Volemos como el viento que va perdido,
Y rompiendo anhelantes la densa bruma
Busquemos otro mundo desconocido.
¡Espíritus errantes y misteriosos
Que vagáis del espacio por las regiones,
Dadme el rumbo ignorado con que dichosos
Hallen su dulce asilo dos corazones!
¡Ay, bien del alma mía! ya tu sonrisa
Me anuncia tu partida tan dolorosa,
De la tarde al perderse la última brisa
Me anuncia de tu ausencia la ley forzosa.
Ya para abandonarme sin que te vean,
Cuidadosa te cubres tu faz de cielo;
Déjame que mis labios tu velo sean
Y que ardientes se posen sobre tu velo.
Que al escuchar cual dulce postrero goce
Tus pasos temerosos perderse iguales,
De la crujiente seda sintiendo el roce,
Como de mariposas en los rosales,
Llorando tus ausencias que son tan largas,
Cayendo en el hundido sillón de raso,
Lágrimas del recuerdo vertiendo amargas,
Conservará mi oído tu último paso.
Y al amor de la llama que con su lumbre
Renovará en mi mente dulces ideas,
Comenzaré á escribirte, según costumbre,
La carta que comienza: «¡Bendita seas!»

XVIII

(TRADUCCIÓN LIBRE DE METASTASIO)

Llegó el terrible instante:
Adiós ¡oh prenda mía!
¿Cómo podré yo un día
Vivir lejos de tí?
Será eterno mi duelo;
No encontrará consuelo
Mientras que tú... ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Deja que en pos al menos
De mi perdida calma
Siga tu sombra el alma
Cual yo tu amor seguí.
Errante peregrino
Yo iré por tu camino;
Y en tanto tú... ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Allá en lejana tierra
Doliente el pecho mío,
Al valle, al monte, al río,
Preguntará por tí.
Me encontrará la aurora
Llorando hora tras hora,
Mientras que tú, ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Verán mis ojos tristes
La playa, el bosque umbroso

Donde viví dichoso
Cuando tu amante fuí.
  Felices pensamientos
Serán fieros tormentos,
Y tú, mi bien, ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
  Esta es, diré, la fuente
Donde lloró celosa,
Y donde en paz dichosa
La mano la tendí.
  Aquí lloré mudanzas,
Allí me dió esperanzas...
Y tú, mi amor, ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
  ¡Cuántos verás en tanto
Llegar á tu morada,
Con alma enamorada
Buscando amor en tí!
  Entre esos mil amantes
Rendidos y anhelantes...
¡Quién sabe, vida mía
Si pensarás en mí!
  Recuerda las memorias
Que hay en mi pecho, ¡oh Nise!
Piensa que yo te quise
Y el premio no pedí.
  Piensa en el duro y fiero
Bárbaro adiós postrero...
Piensa... mas ¡ay, quién sabe
Si pensarás en mí!

XIX

PUESTA DE SOL

Tu brazo sobre el mío,
Tu mano entre mis manos,
Y en lánguido descuido
Dejándote llevar,
Cuando la tarde muere
Volvemos de la playa,
Oyendo en són doliente
Las ondas murmurar.
Con paso perezoso
Cruzamos la vereda,
Tu labio no se atreve
Palabras á decir.
Me rozan tus cabellos,
Me miras y te miro,
Suspiras y suspiro
Sintiéndome morir.
Murmuran quejumbrosas
Las hojas desprendidas,
Que hollando vas al paso
Con perezoso pie;
Tu planta se detiene,
Descanso grato brinda
La solitaria roca
Donde la mar se ve.
Ya solos en el mundo
Quiere el azar que estemos,

Mas ¡ay! que no acertamos
Ni tú ni yo á decir
  La frase que pintando
Lo que los dos sentimos,
Resuma en un instante
Diez años de sufrir.
  ¡Silencio! Que no asome,
No alteres la sonrisa
Que en tus medrosos labios
Comienza á germinar;
  Amo yo más mil veces
Cuanto adivino en ella,
Que todas las imágenes
Del diálogo vulgar.
  ¡Silencio! Que ni el aire
Que tus cabellos mece
Trayéndonos aromas
Que invitan al amor,
  Pueda en sus tibias ondas
Llevar tu pensamiento;
Celos de muerte siento
Del eco y del rumor.
  ¡Silencio! ¡Que no puede
Pintar idioma humano
Lo que tus ojos dicen
Clavados ora en mí;
  Del corazón que late
Llegando hasta mi mano
Pasando por la tuya,
Van penetrando en tí

Suspiros dolorosos,
Acentos nunca oídos,
Palabras nunca dichas
Ecos que al alma van;
  Lágrimas que no corren,
Sonidos que no suenan,
Latidos que anonadan
Y embriagador afán!
  ¡Silencio! No me digas
Lo que harto yo adivino,
Mírame hasta la aurora
Con alma y corazón.
  Deja que nuestras almas
Se encuentren en la sombra,
Mientras el mar tranquilo
Murmura en lento són.
  Mas ¡ay! que el blando rayo
De la indiscreta luna
Con plácida sonrisa
Nos viene á sorprender.
  Sigamos la vereda
Tu mano entre mis manos,
La frente sobre el hombro
Dejándome caer.
  Corrientes misteriosas
Que revoláis perdidas,
Fundiendo almas errantes
Nacidas para amar.
  Bendito vuestro ambiente
Que engendra amor del alma;

¡Bendita eternamente
La luz crepuscular!

XX

A EULOGIO FLORENTINO SANZ

Ella es una muchacha de ojos de cielo,
Rubia cual la dorada mies del estío;
Hay en su frente nubes de desconsuelo,
Y no puede ahuyentarlas el amor mío.
¡Ay! así como es ella gentil y airosa,
Tan joven, con su alegre dulce sonrisa,
Su elegante atavío, su faz de rosa,
Nunca será dichosa,
¡Pobre Eloisa!
Acariciando amante sus blondos rizos,
Le dije al ver lo triste de su mirada:
¡Malhayan, pobre niña, tantos hechizos
Que dan una hermosura tan desdichada!
Labios mil agostados por loco exceso
Marchitaron tu alma con raudo hastío;
Eras niña y en tu alma ya estaba impreso.
Yo te adoro por eso,
¡Pobre amor mío!
Cuando tristes mirando morir los días
Oimos en silencio pasar las horas,
Tú lloras por secretas melancolías,
Yo siento que me muero cuando tú lloras.
Daría por que fuera tu amor sincero

Puro, como el encanto de tu sonrisa,
Y por haber yo sido tu amor primero...
Cuanto tengo, amo y quiero,
¡Pobre Eloisa!
Tú sientes, y eres buena, y es delicada
La oculta fantasía de tu alma ardiente;
Eres la flor marchita que va arrastrada
Del cenagoso río por la corriente.
Pero dejarte quiero, mi mal no ahondes;
Tus monótonos besos me infunden frío,
Y esos tristes suspiros conque respondes
Á mis quejas, son ecos de tu desvío.
Olvida estas calladas horas de invierno,
Que en tu lecho de raso no hay poesía
Para quien triste llora pesar interno,
Y desconsuelo eterno,
¡Pobre alma mía!
Y ella escucha estas frases con dolor mudo,
Y sus labios buscando vienen mis labios,
Escuchando mi acento doliente ó rudo,
Sollozando iracunda sordos agravios.
Y estruja entre los dedos sus ricas blondas,
Y se agita nerviosa, rompe sus galas,
Y me envía en su aliento penas muy hondas,
¡Angel que al cielo quiere volver sin alas!
Pero en vano es amarla, y en vano lucha
Con mi pena, que á su alma tenaz ofende;
Corazón moribundo su pena es mucha,
Porque quiere amar algo que no comprende.
Ya olvidada, ya se anima, ya canta y ríe,

Ya es loco torbellino, vuelve á la risa...
¡Qué triste es su mirada cuando sonríe!
Ya olvida, ya se engríe...
¡Pobre Eloisa!

Octubre de 1868.

XXI

De aquel suspiro que al aire diste
Cuando el nativo país dejé,
Mientras doliente, llorosa y triste,
Llanto vertías de amante fe,
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!
De aquella carta donde me dabas
Quejas amargas que no escuché,
Y en que mi ausencia triste llorabas,
Mientras artero yo te olvidé,
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!
De aquella tarde que á mi morada
Desde la aldea llegaste á pie,
Pálido el rostro, la faz cansada,
Buscando un alma que tuya fué...
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!

De aquella trenza de negro pelo
Que á tu cadáver arrebaté,
Cuando llorando sangre del alma
Caí del negro féretro al pie...
¡Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré!

XXII

No me mires airada,
No más enojos;
Mírame cariñosa, luz de mis ojos.
Mírame con los ojos
Medio entornados,
Dándome mil suspiros entrecortados.
Mírame con los ojos
Medio escondidos,
Como los de los niños que están dormidos,
Mírame tan de cerca
Que con tu aliento
Aspire yo en tus ojos tu pensamiento.
Mírame mientras duren
Nuestras veladas,
Y contemos las horas por las miradas.
Ciégame de tus ojos
Con los destellos,
Mírame con el alma que asoma en ellos.
Mírame, que me hieres

Y no me dañas...
¡Y yo vivo á la sombra de tus pestañas!

Valencia.—1867.

XXIII

En el fondo del mar nació la perla,
En la alta roca la violeta azul,
En las nubes la gota del rocío,
Y en mis ensueños tú.
Murió la perla en imperial corona,
En búcaro gentil la mustia flor,
En brillantes vapores el rocío...
¡Y en tu memoria yo!

1866.

XXIV

Tiempo, ausencia, sospechas y desvíos,
Todo para olvidarte lo intenté;
Fija en mi mente y en el alma impresa,
Alientas poderosa hoy como ayer.
En desamor constante
Y en pertinaz desdén
Quiero borrar del corazón tu imagen...
¡No puede ser!
¡Otras hay! piensa el ánimo inconstante;
¡Sólo hay una! me dice el corazón;
¡Alguna piensa en tí! grita el deseo,

Y oigo tu voz que dice: ¡Esa soy yo!
Y todas cuantas miro
Girar en mi redor,
Copian tu imagen, con tu voz me llaman...
¡Irresistible voz!
Te finjo por la edad desmejorada,
Imagino en tu rostro arrugas mil,
Y entonces brilla y me deslumbra y ciega
La ingénita bondad que brilla en tí.
Y el pródigo tesoro
De tu bondad sin fin
Tenaz me obliga, y en tu casto seno
Mi amor torna á dormir.
Hallar entonces imagino aleve
Doblez en tu insensible corazón,
Y el ánimo cobarde te imagina
Engañosa y falaz y sin amor;
Pero tu eterno encanto
Y de tu acento el són,
Me mandan que te siga y que te adore...
¡Y logras más que yo!
¡Ah! de la edad en la fatal corriente
Cuanto amaba, inconstante lo olvidé;
Ciego creyente ayer, hoy pienso, y dudo,
Ora me hastía lo que ansiaba ayer.
Perdido el sentimiento
que torpe derroché,
Hombre al fin, inconstante y veleidoso
Descubro mi doblez.
La sacra llama de los patrios lares,

El santo fuego del naciente amor,
De eterna gloria el lisonjero ensueño,
La ardiente sed de férvida ambición,
El alma en sus albores
Latir febril sintió,
Y hoy llora desengaños y amarguras
En sombras de dolor.
Todo en lento descenso y en pendiente
Fatal, á despeñarse vi correr;
Cada cabello que la edad despoja
Se lleva un eco de la antigua fe.
Recuerdos y esperanzas
Mató el tiempo cruel,
Y tú en mí vives, y olvidarte quiero...
¡No puede ser!

XXV

LAS DOCE.—Á MARIANA

Mientras da el reló las doce
Á compás lento y sonoro,
En estas manos que adoro
Deja que mis labios roce.
Deja que en silencio y calma
Te dé, mi gentil señora,
Un beso por cada hora
Que de placer diste al alma.
Uno, en memoria del día
Que tus ojos me miraron,

Y eterno amor me brindaron
Con dulce melancolía.
Otro, por los mil consuelos
Que halló en tí el alma angustiada
Al sentirse atormentada
De fieros injustos celos.
Otro, por recompensar
Tu amoroso afán de oir
Que no pudiera vivir
Si me dejaras de amar.
Otro, por el dulce empeño
Con que fuiste mi enfermera,
Velando á mi cabecera
Como el ángel de mi sueño.
Otro, por los mil perdones
Que siempre en los labios tienes,
Para mis locos desdenes
Y mis fugaces traiciones.
Otro, para recordar
De tus labíos el chasquido
Cuando en sueño interrumpido
Dices mi nombre al soñar.
Éste, en pago á la fineza
De aquella flor, que aún me dura,
Fresca como tu hermosura,
Blanca como tu pureza.
Éste, por premio al afán
Con que entre dudas y enojos,
Tras de tu balcón, tus ojos
Siempre esperándome están.

Éste, porque no concluyas
De escribir en largos días,
Cartas con mil *vidas mías*,
que son siempre *vidas tuyas*.
Éste, en fin, breve y sonoro
Pinte para tu consuelo
La pasión con que te anhelo
Y el amor con que te adoro.
Y éste, que quiero imprimir,
Largo, vehemente y callado...
Historia del bien pasado
Y augurio del porvenir.
Ya del reló el triste són
Cesó, compasivo y lento...
¡Deja á mi lado sediento
Darte la repetición!

1872.

XXVI

Al volver tras la ausencia tan llorada,
Corrí á su hogar, y en él no la encontré;
Más ví en su cuarto abandonado un velo
Sobre el respaldo del sillón *aquél*.
El ramillete de aromosas flores
Que al separarnos años há le dí,
No adornaba la triste chimenea;
Que al ver su olvido se debió morir.
¡Este es el velo, sollozando dije,
Que un tiempo alzaba para verme bien,
Y el rostro al asomar tras el encaje

La luz del alma se asomaba en él!
Un fresco ramo de tempranas rosas,
Gentil trofeo de triunfante amor,
Con su perfume el aire envenenaba
Destrozando mi amante corazón.
Salí de allí con vacilante paso,
Y de un clavo pendiente en la pared,
Donde un tiempo pendió el retrato mío,
El de un hombre risueño contemplé.
Le miré fijamente y cara á cara;
Quise hablar y á pedirle cuentas fuí,
Pero su alegre y pertinaz sonrisa
Me herió en el alma y me sentí morir.
Salí del templo donde fué mi culto
Su alma engañosa y su mentido amor,
Y á lo lejos la ví que á mi venía,
Y que al verme el color se le mudó.
Pasó junto á mi lado vergonzosa
Mirando al suelo en palidez mortal,
Y con el velo el rostro defendía,
Huyendo al verme en presuroso andar.
Y así como en un tiempo tras el velo
La luz radiante contemplé del sol,
Ora al verle caer, en sombra oscura,
Y en noche eterna mi dolor cayó.

XXVII

La vez primera que te dí la mano
Sentí tu corazón llamar al mío,

Y hoy al dártela frío y cortesano,
Siento en el alma de la muerte el frío.
Ayer al estrecharla fuertemente
Dulce sonrisa me anunciaba el cielo;
Hoy al darme la mano friamente,
Triste la vista escondes en el suelo.
Y es que al rigor del tiempo, en la inconstante
Pasión fugaz, que el desamor mitiga,
La mano diestra en disimulo amante
Suele ser torpe saludando amiga.

XXVIII

Ayer fuí yo para tí
Apuesto, hermoso y galán;
Hoy con desusado afán
Buscas defectos en mí.
Vista te dan los enojos,
Yo á tu furor me doblego;
Pues sé que el amor es ciego
Y el odio tiene cien ojos!

XXIX

Ponte la mano aleve sobre el frío
Corazón, que en tu pecho está sepulto,
Y contempla después el amor mío
Que un volcán de pasiones guarda oculto.
Y dime por qué esfuerzo sobrehumano,
Y burla despiadada de la suerte,

Quiere el destino insano
Que tengas tú el color tan fresco y sano,
Y yo una eterna palidez de muerte.

XXX

Abanico negro
Que das aire blando
Y agitas cabellos
De color dorado,
Lleva en tus vaivenes
A los frescos labios
Suspiros errantes,
Que hallarás al paso.
En torno á la boca
Que un día besaron,
Hoy revolotean
Tristes y callados.
Cuando cojas aire
Préndelos airado,
Y en aquellos hoyos
Al pie de los labios...
¡Entiérralos vivos
Por enamorados!

XXXI

REMORDIMIENTO

Veinte años há que en el añoso tronco
Del árbol secular

Grabé tu nombre, mientras tú á su sombra
Rompías á llorar.
Nos separó mi olvido despiadado,
Por siempre te perdí;
Quedó para tormento eterno mío
Tu nombre siempre allí!
La guerra asoladora, de la aldea
Las casas arrumbó;
Taló los campos y arrasó las mieses,
Y la heredad taló.
Sólo, en medio del campo desolado
Quedó el árbol aquél,
Testigo silencioso y juez sombrío
De mi pasión infiel.
Monjes errantes en el campo yermo
Vinieron á habitar
Solitario retiro haciendo en torno
Del árbol secular.
Tu nombre igual al de la Virgen pura
Leyeron con amor,
Y milagroso hallándolo, á tu nombre
Rezaron con fervor.
Voraz incendio el monasterio arrasa,
Que cunde sin cesar,
Y otra vez queda el campo sin más galas
Que el árbol secular.
Labran mis padres en la santa ruina
Con amorosa fe,
La pobre casa cuyo blanco techo
Desde la mar se ve.

Allí á la sombra de la encina añosa
La muerte encontrarán,
Allí tu nombre, recordando el mío,
Tal vez repetirán.
¿Qué fué de tí? Desde la aldea al mundo
En alas del placer,
Pasaste como sombra pasajera
Que nadie ha vuelto á ver.
De tu hermosura el esplendor marchito,
Tu casa sin calor,
Pobre, olvidada y de amarguras llena,
Sin alma y sin amor,
Tal vez pensaste en el que aleve un día,
La paz te fué á robar,
Cuando tu nombre hacía compañero
Del árbol secular.
Árbol á cuya sombra desdeñada,
Diez años, veinte, cien,
Pasáramos la vida venturosa
Si yo te amara bien.
También yo, de la vida en la revuelta
Y alegre confusión,
Viví de prisa y apagué en la orgía
La sed del corazón.
También hoy al pensar en el reposo
Del silencioso hogar,
Vierto lágrimas tristes de amargura
Que nadie ha de secar.
Secreta voz de la conciencia mía,
Que eterno bien perdió,

Será tu nombre, que en el tronco impreso
El tiempo respetó.
Muerta en la triste soledad obscura
¡Oh reina del festín!
Te lloré cuando el eco de tus glorias
Me reveló tu fin.
Era en un día en que á la triste aldea
Pensaba yo en volver,
Y adonde quiere mi fortuna impía
Llevarme á fenecer.
Ya del hogar los últimos linderos
El tiempo derrumbó;
La antigua torre y los podridos muros
El huracán tronchó.
La blanca casa de mis viejos padres
Montón de piedras es;
Duermen sus huesos á la sombra triste
Del funeral ciprés.
Ya no hay casas, ni sendas, ni cercados,
Ni cánticos de amor;
Ya no hay música grata en la arboleda,
Ni el suelo da una flor.
Los mil recuerdos de la hermosa infancia,
¿Dónde, Señor, están?
¿Dónde las rosas de embriagante aroma,
Y el perenne arrayán?
ida soledad en cuyo ambiente
No suena otro rumor,
vuelo de las negras golondrinas
Girando en derredor.

Sólo en medio del campo abandonado
El árbol secular,
Extiende sus mil brazos siempre abiertos
Llamándome á llorar.
Allí está tan sombrío como el día
En que á buscarte fuí.
¡Negra su sombra cual mi eterna pena!
Tu nombre ¡siempre allí!

XXXII

Gota á gota se deshacen
Las neblinas del invierno;
Grano á grano se derrumban
Los palacios y los templos;
Va secando hoja por hoja
Robles y encinas el viento...
¡Cómo se nos va la vida,
Niña de los ojos negros!
Hora, tras hora, tras hora
Pasan veranos, inviernos,
Las primaveras floridas,
Otoños de frutos llenos.
Ríos, y fuentes, y arroyos
Octubre ha dejado secos;
Tu hermoso color, bien mío,
Se va perdiendo, perdiendo...
Fibra tras fibra desgarra
Los corazones el duelo;
Gota á gota, la amargura

Traspasa el más duro pecho;
Uno por uno, cayéndose
Desparecen mis cabellos;
Los claveles de tus labios
Con la edad palidecieron.
Mira la luz que se apaga,
Mira en cenizas el fuego,
Contempla el sol que se pone,
Oye cuál se extingue el eco.
Así nuestro amor fué llama
Que avivó el vigor primero,
Y hoy convertido en pavesas
Corre á perderse en el viento.
Brillo han perdido tus ojos
Y vida y calor mis besos...
¡Ay, que se nos va la vida,
Niña de los ojos negros!

XXXIII

Si el bárbaro rencor en mí cupiera,
Hoy en tí sin piedad lo cebaría;
Pero yo no sé odiar ¡ay! si supiera,
A mí mismo no más detestaría.
Del santo amor que falsa y caprichosa
Me juraste hasta ayer, guardo el acento,
Y al recordar tanta mentira hermosa
Cuyos sonidos en el alma siento,
Tengo en mi sér impresa tanta frase
Por tí vertida con perjuro labio,

Que aunque frases de agravios formulase,
No me queda lugar para el agravio.
  Tú me enseñaste con doblez artera,
Que yo franca nobleza suponía,
De la pasión amante y verdadera
La oculta y misteriosa poesía.
  Aún el alma recuerda, dolorosa,
Las horas dulces junto á tí pasadas,
Cuando en amante soledad dichosa
Bebía yo la vida en tus miradas.
  De aquellas horas en que yo sentía
Confundirse mi aliento con tu aliento,
A mí me quedará la poesía...
Y á tí te quedará el remordimiento.
  Otra más franca que el amor aliente,
De corazón leal y apasionado,
Recogerá este amor siempre creciente,
Que tu infiel corazón en mí ha sembrado.
  Tú entretanto siguiendo tu destino,
Que es abrasarte en la pasión que ignoras,
Si vuelves á encontrarme en tu camino
Recordarás tal vez aquellas horas.
  No temas que te increpe el labio airado
Viéndote que me miras indecisa,
Ya el tiempo y la opinión me habrán vengado
Y harto adivinarás en mi sonrisa.
  Quien sabe amar cual yo no se arrepiente,
Y en vano el desengaño me atormenta,
Que en vez del odio al corazón que miente
Me da la sed de un corazón que sienta.

Y hallarlo espero, que aunque tú lo ignores,
Aunque juzgues al mundo por tí propia,
Creyendo que pues tú mientes amores
La humanidad tus veleidades copia;
Viven las almas que el amargo hastío
No sienten de las glorias de la vida,
Como vivió feliz el pecho mío
Cuando escuchaba tu pasión mentida.
Cuando incauto del tuyo cauteloso
Los latidos amantes escuchaba,
Y en tu caliente seno fatigoso
Eternas horas de placer pasaba.
Tuyas son, para eterna gloria mía,
De esas horas las penas y el tormento;
¡De ellas me queda á mí la poesía,
Y á tí te quedará el remordimiento!

XXXIV

Á VIRGINIA BURRIEL

Potente rey de Arabia ofrece al mundo,
En público pregón,
Rico tesoro de cien mil zequíes
En premio de quimérica invención.
«Pues que descubre el médico en las hierbas
»Remedio á todo mal,
»Y cura las heridas venenosas
»Que hace en la humana piel dardo mortal,

»Premio doy que deslumbre al más avaro
»Y en pago habrá de ser
»De quien sorprenda el sueño del que duerme.
»Palpitante y temblando de placer».
Cunde la voz de la oriental ofrenda
Desde el bosque hasta el mar,
Y no hay doctor que descubrir consiga
Lo que sueña el que sueña sin habtar.
El rey en tanto desvelado gime,
Y con mortal dolor,
A la reina contempla que se agita
La noche entera en singular temblor.
Su médico Ismail por Alah jura
Que es vano pretender
Descubrir el origen de los sueños
Con que febril se agita una mujer.
¡Oh mi sabio Ismail! el rey murmura,
Mi corona real
Venderé para tí, si de tu fama
Me das la prueba en mi dolor mortal.
Ismail sonriendo desconfía
De su oriental saber,
Y nadie acude al oriental palacio
La tentadora oferta á recoger.
Una alborada las doradas puertas
Franquea sin temor
La hermosa esclava que de Nubia un día
Hizo venir el oriental doctor.
Señor, dice del rey que la interroga
Echándose á los pies:

Yo te diré, si tu perdón me ofreces
Lo que en celosa ceguedad no ves.
  Contempla el rey con asombrados ojos
De la esclava la faz,
Y ella en tranquila certidumbre ofrece,
Volver al pecho la perdida paz.
  —De Ismail soy la esclava y compañera,
Con oro me compró;
Mirándome en sus ojos que anonadan,
Cual tú celosa me consumo yo!
  ¿Saber pretendes lo que piensa en sueños
La reina al suspirar,
En cuyos labios donde el alba ríe
Dulce, eterna sonrisa ves vagar?
  Sábelo, pues; la espléndida hermosura
De ardiente corazón,
Sueña á estas horas que Ismail amante
La arranca de tu espléndida mansión.
  Dulces palabras de pasión repite
La regia hermosa hurí,
Sonriendo al pensar que su ventura
Con mi señor logró lejos de tí.
  —¡Tu labio miente! el rey airado grita.
—¡Oh rey! ¿Sabrás mejor
Que quien celosa en su dolor fallece,
Los sueños traducir de ajeno amor?
  Y poniendo la mano temblorosa
Sobre el seno gentil
De la reina que sueña, el labio ardiente
Una y dos veces murmuró:—¡Ismail!

Frenético el caduco rey de Arabia
Sobre ella se arrojó,
Y á la esposa infeliz con rabia loca
Entre las blancas sábanas ahogó.
La nubia esclava en tanto presurosa,
Feliz, torna á su hogar,
Y al lecho del señor, vertiendo llanto,
Llega y le escucha en soledad soñar.
¡Oh reina triste! con medroso acento
La esclava murmuró;
Muerte hallaste por pérfidos amores!
Y esto oyendo, Ismail se despertó.
Ya el rey dichoso, murmuró la esclava,
Logró su mal saber;
Y al sorprender lo que febril soñaba
Su vida arranca á la falaz mujer.
—¿Quién de los sueños sorprendió el secreto?
Loco Ismail gritó:
—Quien de celos muriendo de honda pena,
Los tuyos, torpe dueño, adivinó.
Soñaba el rey despierto, que adoraba
Regia consorte fiel;
Y sueñas tú que la tristeza mía
Sólo es pesar de condición cruel.
Yo sin soñar en mi esperanza vivo
Y aguardo sin cesar,
Que de mi eterno sueño de esperanzas
Sorprendas mi secreto al despertar.
Lágrimas vierte en el ardiente seno
De la esclava el señor,

Y olvidando á la esposa fementida,
Se duerme en brazos del naciente amor.

Luqsor (antigua Tebas).—Noviembre de 1869.

XXXV

Yo nunca he sentido
Bienestar completo,
La fortuna loca
Siempre me halló cuerdo.
Desengaños llora
Sin cesar mi pecho;
Mi pasado es triste,
Mi futuro negro.
Sombras me rodean,
Luz me niega el cielo,
Zumban los pesares
En torno á mi lecho...
Pero entre la sombra,
Ya cerca, ya lejos,
Brillan las miradas
De tus ojos negros!

XXXVI

ANTES Y DESPUÉS DE LA GUERRA (1)

La luz del sol naciente los campos alegraba;
Las tímidas violetas sembraban dulce olor,

(1) Inspiró esta poesía la vista de dos encantadores cuadros de Bayard.

Y el trasparente arroyo sus cauces ensanchaba
Con plácido murmullo y armónico rumor.
Piaban en los nidos los cándidos jilgueros,
La alondra enamorada y el ruiseñor gentil;
Brotaban los jacintos del parque en los linderos
Y su botón rompían las rosas de hojas mil.
Del día á los nacientes rosados resplandores
Salían la fragancia del aire á respirar,
Él, rebosando vida, y *ella*, cantando amores,
Cogidos de las manos y en plácido vagar.
Delante, cosechando las encendidas rosas
Dos niños sonrientes, con infantil placer,
Corrían persiguiendo las blancas mariposas
Que á los amantes padres venían á ofrecer.
Los toscos aldeanos al verles, sonreían
La pingüe siembra echando del campo en la labor;
Perderse en lo frondoso del bosque les veían
Oyendo el casto beso del conyugal amor.

¡Ay, de la vida humana, cuán poco el bien nos dura
Pálido sol de Octubre, de lumbre funeral
Del campo yermo alumbra la tétrica llanura,
Con moribundo rayo de resplandor fatal.
Buscando entre las sombras al ánimo cobarde
Consuelo al bien perdido, y alivios al dolor,
La demacrada viuda sale al morir la tarde
Los ojos arrasados en llanto abrasador.
Los niños van vestidos de luto asaz temprano;
Los ojos alzan tristes, y en lento paso van;
La madre, que les lleva cogidos de la mano,
Mirando va la tierra con desusado afán.
Los pobres labradores, que de su bien testigos
Miraron con envidia su dulce bienestar,

Las flacas manos tienden, ya míseros mendigos,
Errantes pordioseros, sin patria y sin hogar.
Ayer brotaban flores en la amorosa tierra;
La luz creó las plantas, la paz creó el amor;
¡Llevóse amor y dichas la asoladora guerra!
Dejó su eterna herencia; ¡la sombra y el dolor!

Agosto de 1875.

XXXVII

Soberbio, ateo, déspota, sañudo,
Decía un español:
¡Ni á Dios, ni al rey, ni aun al destino rudo
La rodilla jamás doblára yo!
.....
.....
.....
Arrodillado sobre el duro suelo
Ayer le sorprendí,
Diciendo á una mujer de ojos de cielo:
¡Siempre, alma mía, me tendrás así!

XXXVIII

HISTORIA VULGAR

¡Adiós! le dijo, y la estrechó á su pecho,
Y ella y él sollozando y temblorosos,
Dejaron derramar llanto deshecho
A sus dos corazones amorosos.
—¡Espérame! le dijo el que partía.

—¡Vuelve pronto! exclamó la que quedaba;
Y el moribundo sol que descendía
Veló en su sombra el beso que empezaba
Y que ninguno terminar sabía.
Pasáronse diez años influyendo
De contraria manera en los que amando
Vivían larga ausencia padeciendo;
Y él en las Indias engordó, escribiendo,
Y ella en España enflaqueció, esperando.
Por fin volvió el ausente con lucida
Salud, más fuerte que al partir de España;
Y pálida la halló, descolorida,
Tristes y hundidos sin calor ni vida
Los claros ojos que el insomnio empaña.
Y al volverse á encontrar, un grito ahogado
Dieron en un abrazo confundido:
Ella dijo feliz: ¡Cuánto ha ganado!
Y él dijo con dolor: ¡Cómo ha perdido!
Se hallaron otra vez, sólos y amantes;
Las manos y las almas se estrechaban;
Pero las manos que temblaron antes
Esta vez ni oprimían ni temblaban.
El último fulgor del sol poniente
Vió sellar el consorcio prometido,
Y los labios besaron brevemente
Con seco impulso y descarado ruido.
Iban ya por el mundo como esposos,
Ella en su ansiado dueño se apoyaba;
Mirábale con ojos amorosos,
Y él silencioso y distraído andaba.

Ella tan fiel, tan dulce y tan constante
Como la tarde en que su amor partía;
Su pálido semblante,
Ya espléndido de dicha, sonreía.
Él en cambio más triste y más sombrío
Tal vez pensaba en su ventura añeja:
Ella pensaba: ¡Para siempre mío!
Y él iba murmurando: ¡Está muy vieja!
Ya viejos son los dos; ella le admira
Sin recordar sus tiempos juveniles,
Y él... la quiere también; pero suspira
Cuando en otras ve gracias femeniles.
Que al egoismo humano es desaliento,
La flor marchita, y en igual ventura,
La mujer rinde culto al sentimiento,
Y el hombre rinde culto á la hermosura.

XXXIX

Flaca mendiga, joven y graciosa,
Me detuvo con ruego lastimero,
Escuálida y hambrienta y haraposa,
En tétrica y glacial noche de Enero.
Gran lástima me dió; pero del frío
Pudo más el rigor, que el inhumano
Vil corazón, y el egoísmo impío
Privó la acción á la escondida mano:
Y con fría y benévola sonrisa
La aparté á un lado y caminé deprisa.

*
* *

Era la misma; el vicio con sus galas
La convirtió en espléndida belleza,
Angel impuro de doradas alas
Que el imperio logró de su impureza,
En un baile la hallé; quise su paso
Detener, contemplando su hermosura,
Crujir oyendo el sonrosado raso
Que destacaba la gentil figura.
Y ella entonces, ya reina esplendorosa,
Que alegre y victoriosa
Una corte de amores vió sumisa,
Me apartó indiferente y desdeñosa
Con aire altivo y con glacial sonrisa.
Yo pude ser su amor y ella ser mía,
Cuando la hallé llorando su amargura,
Y hoy en brazos del vicio y de la orgía
La sigo amante y me enamora impura.
¡Ay, ojos torpes, corazones fríos...
Llorad cegueras, y latid vacíos!

XL

Levántase espumosa y resonante
La embravecida ola,
Ya avanza, ya se yergue, ya brillante
Al sol sus mil colores arrebola.
Ya desciende, ya tiembla, ya desmaya...
¡Ya se disuelve en la arenosa playa!
Así el amor de una mirada ardiente
Brotó como la espuma,

Irguióse altivo con pasión creciente,
Fué clara luz y luego densa bruma,
Y disuelto en el último latido
Se deshizo en cansancio y en olvido!

XLI

¡La luz de la alborada, un nuevo día!
.....
¡Ya el moribundo sol mis ojos hiere!
.....
Cada alborada una ilusión que nace,
Y cada sombra una ilusión que muere.
Un día y otro día nacer veo,
De uno y otro el postrero resplandor,
Ayer con penas me encontró la aurora,
Hoy me deja la tarde en el dolor.
Alumbra el sol y la esperanza alienta,
Se hunde, y con él ¡oh santa fe, te vas!
¡Luz de la tarde! ¡Una esperanza menos!
¡Luz de la aurora! ¡Un desengaño más!

XLII

LOS SOLDADOS.—NOCTURNO

AL GENERAL ROS DE OLANO

El viento resuena con ay lastimero
Silbando estridente con lúgubre són;
Su furia desatan los cierzos de Enero
Y crujen los goznes del alto balcón.

Rechinan dolientes los viejos portales
Que en sordo golpeo se escuchan sonar,
Y azota el granizo los fríos cristales
Con agrio sonido viniendo á chocar.

. . . . . .

Silencio imponente la calle circunda;
Ya el viento agitado cesó de rugir;
La lámpara triste con luz moribunda
Mil sombras derrama brindando á dormir.
De pronto un sonido que viene de fuera
Turbando á la noche la tétrica paz,
Ahuyenta del sueño la sombra primera
Con sordo murmullo que avanza tenaz.
Alerta se inclina curioso el oído,
Ya avanza el extraño creciente rumor;
Rumor compasado, veloz, sostenido,
Cual rápido golpe de ronco tambor.
Del húmedo suelo las piedras mojadas
Retiemblan al fuerte, robusto marchar;
Ya suenan distintas las fuertes pisadas;
Soldados anuncian en rápido andar.
Del lecho en el fondo les oigo, callados
Andando en silencio, con sordo rumor,
Y en larga columna de marcha formados,
Del viento y la nieve sufriendo el rigor.
Su paso escuchando con pena y asombro
Les veo la calle dejando detrás,
El saco á la espalda, las armas al hombro,
La vista en el suelo, marchando á compás.
Robustos y sanos, potentes, membrudos,

Sufriendo la escarcha partir se les ve,
Gallardos moviendo los brazos nervudos,
Y hollando las piedras con bélico pie.
Presiento en la sombra brillar las cornetas,
Crujir las correas que abriéndose van,
Y el brillo siniestro de mis bayonetas,
Que tintas en sangre mañana estarán.
Cortando al caballo la rauda carrera
Guiando sus tropas irá el coronel,
Mirando en la triste velada vidriera,
La luz que le anuncia que sueñan con él!
Del frío ventisco sufriendo el azote
La espada en la tierra dejando rozar,
Se ciñen los jefes el burdo capote
Y el rostro en el pecho pretenden guardar.
El uno en el seno de esposa adorada
Dejó vida y alma llorando al partir,
Y oculta un suspiro con voz entreahogada
Pensando en las cartas que le ha de escribir.
El otro, recuerda que andando se aleja
De apremios y deudas y sino traidor;
Aquél, va pensando las novias que deja,
Aquél, del invierno maldice el rigor.
Los unos, de envidias y ofensas dolidos
Blasfeman jurando la muerte buscar;
Los otros, soñando con muertos y heridos,
Calculan los grados que esperan lograr.
La sombra los cerca, la lluvia los baña,
Cumpliendo severos su ingrata misión,
Los pobres soldados á entrar en campaña

Caminan marchando con lúgubre són.
¿Qué van meditando? Sus nobles destinos
Cumpliendo con suerte dichosa ó fatal,
Irán dando tumbos por esos caminos
Durmiendo en el fango, rompiendo el jaral.
Marchando repasan recuerdos que afligen;
Suspiran algunos con hondo dolor,
Y al cielo sombrío miradas dirigen
Pidiéndole al cielo fortuna y valor.
Alguno presiente que en días cercanos
Su pueblo nativo de lejos verá;
Y á verle al camino saldrán sus hermanos
Y el plus que conserva feliz les dará.
De gloria ambicioso, con alma sedienta,
Más de uno desea que empiece una acción;
Y piensa en las glorias que el mundo nos cuenta
De humildes soldados que alzó la nación.
Murmuran algunos con voz apagada
Del jefe cercano que oyéndoles va.
Y alguno hay que piensa, «¡mi madre adorada
Soñando conmigo, rezando estará!»
Los ya acostumbrados á rudas campañas
Contentos caminan pensando en vencer;
Los mozos bisoños, lenyendas extrañas
Medrosos recuerdan que oyeron ayer.
Sus pasos cortados, de igual movimiento,
Curioso el oído se esfuerza en oir,
Y al alma me llegan, y va el pensamiento
Su ingrata jornada queriendo seguir.
Les veo subiendo peladas colinas,

Bajar al pantano, cruzar el fangal,
Y en sangre tiñendo sus pies las espinas
Del áspero abrojo y el seco zarzal.
Mañana en la ruda sangrienta batalla
Caerán los más fuertes del plomo al rigor;
¡Sus miembros astillas hará la metralla,
Con hórrido estruendo y en ronco fragor!
Los pechos nervudos que alientan fornidos
Caerán en la lucha rabiosa y febril,
Regando de sangre los campos floridos
Que encharca la horrible contienda civil.
De tantos que escucho marchar presurosos,
Si vuelven, á verlos sus madres irán;
¡Vendrán muchos menos, los ojos llorosos
Querrán encontrarlos y no los verán!
Las caras que adustas, severas y rudas
Resisten marchando del tiempo el rigor,
De huerfanos tristes y madres y viudas
Anuncian el hondo y eterno dolor.
Marchando se alejan en pos de la guerra,
Mañana á estas horas llorando estarán,
¡La patria sin sangre, sin brazos la tierra,
Las madres sin hijos, los hijos sin pan!
¡No importa, adelante! ¡luz brinda el camino,
Del mundo son ellos la guarda y sostén;
Que cumplan es fuerza su noble destino,
La patria les pide que glorias le den!
Que en ansia de gloria su pecho se inflama
Declara en su marcha su bélico ardor.
La guerra los pide, la patria los llama,

¡Ni hay más noble empleo ni empresa mejor!
Ya amengua el sonido del paso cortado,
Se extingue, se alejan con rápido andar,
Ya le oigo á los lejos, igual, compasado,
Tenaz, sostenido, distante, sonar.
La mente conserva sus gratos rumores...
Aún suena el distante monótono són.

. . . . . .

¡Señor! ¡Que les oiga volver vencedores!
¡Su sangre es la mía, la patria ellos son!

1874.

XLIII

LA CONFESIÓN

El confesor me dice
Que no te quiera,
Y yo le digo; «¡Padre,
Si usté la viera!» (1).
Dice que tus amores me vuelven loco,
Que á mi deber no atiendo, que duermo poco;
Dice que nuestras muchas conversaciones
En la aldea fomentan murmuraciones;
Dice que no quererte fácil me fuera;
Y yo le digo: «¡Padre,
Si usté la viera!»
En vano le aseguro que eres tan pura,
Que hay que rezar delante de tu hermosura;
Que eres gentil y airosa cual la azucena,

(1) Copla popular.

Que nacen en tus labios nardo y verbena;
Que son lluvia de Mayo tus blondos rizos
Y que vivir no puedo sin tus hechizos.
Él me dice muy fosco: «Que es gran quimera
Y yo le digo: «¡Padre,
Si usté la viera!»
Confesando que el alma tengo en tus ojos,
Me dijo el padre cura con mil enojos,
Que un pecado tan grande no perdonaba,
Y que si te quería me condenaba.
Yo entonces en amante dulce arrebato,
Del pecho en que le llevo saqué un retrato;
Y el cura al ver tu imagen, luz y alma mía,
Contemplándola absorto, se sonreía.
«¡Ésta sí que refleja santos amores!»
¡Creyó que era la Vírgen de los Dolores!
«No hay como ésta ninguna, ¡qué luz destella!»
Y yo le dije entónces: «¡Pues ésta es ella!»
Olvidado ya el cura de su corona,
Dijo abriendo los ojos: «¡Linda persona!»
Si es buena cual hermosa, ¡que en paz te quiera!
Y yo le dije: «¡Ay, Padre,
Si usté la viera!»

Octubre de 1871.

XLIV

Á LA MARQUESA DE SANTIAGO

¡Si yo un hijo tuviera
Blanco, rubio, con ojos muy rasgados,
Y que se sonriera

Mientras su madre y yo del mundo aislados
Cantáramos al borde de la cuna,
Ya no quisiera yo mayor fortuna!
  Esto pensaba, viéndome soltero,
En las noches de Enero, en que aterido
Al volver del gran baile, con el alba,
Me tendía en mi lecho fementido
Puesta la mano en la naciente calva.
¡Cuántas, cuántas pasé mirando al techo
Horas eternas en desierto lecho!
  Yo entonces recorría
Los recuerdos del baile ó de la orgía,
Las impresiones en montón del día
Y el temor del siguiente,
Que había de pasar entre la gente,
Visitando señoras,
Fomentando amistades tentadoras,
Comiendo en el hotel ó en el casino,
Gastando un dineral en pan y en vino
Y en guisotes menguados,
Tan mal servidos como bien pagados;
Vistiéndome tres veces;
Yendo al teatro á celebrar sandeces
Y á sentarme de espalda al escenario
Para mirar con sin igual descoco
A la linda mitad de un millonario,
Que me tendría con sus guiños loco;
Aprovechando entero el intermedio,
Yendo al palco de al lado y al de en medio
A ver á la condesa ó la duquesa

Y á decirles piropos de cumplido;
Acabado el teatro, ir á otro *nido*
A tomar dulce té con las amigas;
Urdir de amor diabólicas intrigas;
Murmurar *sotto voce;*
Ir al *Veloz* á completar la noche,
Jugar al *Baccarrat;* perder cien duros,
Cenar frío á las tres; pasar apuros
Para hallar al sereno
Que me ha de abrir la puerta de mi casa,
Con un frío glacial que me traspasa.
Y volver á encontrarme, solo y harto,
Desierto el lecho y sin calor el cuarto!

. . . . . .

«¡Si yo tuviera un hijo!»
Esto pensaba yo, y hablando *in mente;*
Con este pensamiento siempre fijo,
Recordando el pasado y el presente,
Pedía un porvenir á mi ventura,
Viendo en mi corazón negra amargura;
Porque yo padecía
Nostalgia de un estado diferente;
Porque la libertad, con serlo, hastía
Si no le da calor la tiranía
De un lazo de cariño permanente.
¿Qué me importan á mí ni el sol, ni el cielo,
Ni el aire fresco en riguroso estío,
Ni el dilatado suelo
Que holla mi planta y que contemplo mío,
Porque nadie mis ímpetus domina,

Ni esclavo soy de obligación ninguna,
Si sólo al fin mi corazón declina
Feliz sin dicha y rico sin fortuna?

.....

.....

Mecían una cuna,
En esas noches de Diciembre frío,
En un cuarto que había sobre el mío;
Y siempre que á dormirme comenzaba,
Oía que sonaba
La cuna de madera,
Cantando un villancico una niñera,
Con voz sentida y persistente empeño
De darme envidia y de quitarme el sueño.
¡Con qué afán me casé, querida hermana!
Tú no sabes aún todo lo entero
Del *sí* que dí cuando á la fe cristiana
Respondí en el altar aquel «¡Sí quiero!»
Y á no haber sido por mover la risa
De los oyentes y la curia toda,
Debí añadir: «Y quiero y me precisa,
Si ha de valer mi boda,
Un niño rubio, que al cumplirse el año,
Me recompense del soñar de antaño».
(Pero este asunto, que á tu alcance fío,
No era asunto del cura, sino mío).
Y hénos aquí que en el amor del fuego
Fundiendo amantes el feliz cariño,
La noche larga en plácido sosiego
Juntos pasamos comtemplando al niño.

Ella le mece, y con amante anhelo
Yo invento coplas y en su faz respiro,
Y en el vaivén de la crujiente cuna
Es blando arrullo el maternal suspiro
Dormido al dulce susurrar del canto
Sonríe acaso porque yo le velo;
¡Tiene mi niño misterioso encanto
Rubio como los ángeles del cielo!
Ayer mi sólo afán era tenerle.
«¡Si yo un hijo tuviera!»
Hoy mi sólo temor es ya perderle.
¡Ay! ¡Si se me muriera!

5 Febrero de 1873.

XLV

NUEVO HIJO

¿Apagados tus ojos tan serenos,
Y tu risueña faz en sombra envuelta,
Y en desaliño la sin par copiosa
De rizos blondos cabellera suelta?
En tu pálido rostro, ayer rosado,
De insomnios hay reveladoras huellas;
Las rosas de tu tez se han marchitado
Y hoy brotan liriòs donde fueron ellas.
Nido buscan pesares pasajeros
De tus pestañas á la dulce sombra:
Tus perezosos pies, ayer ligeros,
Hunden las flores de la blanda alfombra.

Todo me anuncia en tí dolencia grave...
¡Y alegre mi alma está porque la sabe!
Y es que después del llanto derramado,
Y en tantos meses sin cesar vertido
Por aquel hijo mío idolatrado,
Para siempre ¡ay de mí! desparecido,
En tus pupilas, que el amor dilata,
Brilla una luz que el alma me deslumbra,
Y en nuestro hogar, tras el pesar que mata,
Naciente sol de bienestar alumbra.
Es que en tu sér un sér sus alas posa;
Su vida en el misterio está velada,
Y al presentir su aparición dichosa
Yo aspiro ya su aliento en tu mirada!
Su sonrisa en tus labios ha brotado;
Su aliento es ya tu maternal suspiro,
Y al aspirar tu aliento perfumado,
Junto á mí me parece que le miro.
No existe, y yo le llamo noche y día;
Tarda en venir, y su llegada imploro;
Que es el sér de tu sér, y es alma mía,
¡Y no ha nacido aún, y ya le adoro!

Diciembre de 1873.

XLVI

Á JUAN JOSÉ HERRANZ

Tengo en casa desde niño
Un Saturno en blanco yeso,

A cuya efigie profeso
Un entrañable cariño.
  Del tiempo la seca faz,
Aún siendo cual es mentira,
Con tan raro afán me mira
Que nunca me deja en paz.
  Siempre ha sido en mis dolores
Alivio de mis placeres,
Frío juez de las mujeres
Y censor de mis amores.
  Yo leo en su faz amiga,
Con cuya dureza lucho,
Palabras que siempre escucho
Aunque él nunca me las diga.
  Cuando niño enamorado
Volvía á mi hogar sufriendo,
Él me miraba diciendo:
—Ya sé lo que te ha pasado.
  Y al verme sencillo amante
Llorar mi pena amorosa,
Con sonrisa cariñosa
Decía siempre ¡adelante!
  Ya más hombre, meditaba
Sobre otro amor que sentía,
Y él entonces me decía:
—El más firme amor se acaba!
  Hoy, cuando en mi soledad
Me oye hablar de una mujer,
Dice olvidado de ayer:
—No la creas; no es verdad!

Ayer, su faz bondadosa
Me animaba en toda empresa,
Y solía decir:—Esa
Es pobre, pero es hermosa!
Hoy el yeso tinto en cobre,
Ya por los años cambiado,
Me dice más reposado:
—Es hermosa... pero es pobre!
Un tiempo fué mi defensa
Del amor en la pendiente;
Ayer me decía: ¡siente!
Hoy suele decirme: ¡piensa!
Se van los años volando,
Y el tiempo frío y mudable
Va con afán miserable
Mi corazón marchitando.
Y de mi error al salir,
Viendo que es vano pensar,
Que un tosco yeso ha de hablar
Y hacer á un alma sufrir,
Me han dicho las canas mías
Que no es él quien confunde,
Que es la edad la que me infunde
Todas estas picardías!

XLVII

Se cayó su pañuelo de encaje;
Y corriendo en confuso montón,
Á cogerlo á la vez fuimos todos;

¡Logré alzarle yo!
Y al mirar su graciosa sonrisa,
Y al mirar á los otros sufrir,
Y al sentir en mi mano la suya...
Feliz sonreí!
Otra vez su bordado pañuelo
Ayer ví que caer se dejó,
Y otra vez á cogerlo van muchos...
Y el último, yo.
Y al notar cuán amable sonríe,
Y al mirar á los otros sufrir,
Y al mirar al triunfante gozoso...
También sonreí.

XLVIII

VECINO CURIOSO

Allí está; del balcón entornado
Veo luz tras el terso cristal,
Y á través de la blanca cortina
La veo rezar.
¡De rodillas y al cielo los ojos!
Tal vez busca á sus penas la paz.
Largo el rezo y ferviente parece...
¿Por quién rezará?
Ya acabó; de su lecho en la almohada
Un objeto la miro buscar...
¡Una carta! Sentada en su lecho
Leyéndola está.

Se sorprende, ya dobla la hoja;
Terminó; ya la vuelve á empezar...
Y se anubla su frente serena...
¿Quién le escribirá?
El papel otra vez ha escondido...
Pensativa quedándose está;
Se levanta, se acerca á la mesa...
La veo buscar...
Una carta á escribir ha empezado,
Que interrumpe de llanto un raudal...
¡Una carta en que lágrimas vierte!...
¿Para quién será?
¡Oh cuán bella en su llanto la admiro
Y en su amante infeliz soledad
Al espejo mirando llorosa
Su pálida faz!
Ya del pecho se arranca las flores,
Un clavel se la ve deshojar,
Y otra vez á su llanto se entrega...
¿Por quién llorará?
Suelto flota abundante el cabello,
La ancha bata despréndese ya,
Así Venus al mundo aparece
Surgiendo del mar!
Sobre el lecho crujiente se arroja.
Ya no hay luz. ¡Oh ventura fugaz!
¿Dormirá? Tal vez sueña... Dios mío...
¿Con quién soñará?

XLIX

VALS

Á JOSÉ CASARES

Ciñendo mi brazo su lánguido talle,
Rozando mi frente su rostro gentil,
Vertiendo sus ojos brillantes destellos,
Mirándome en ellos
Mil veces y mil,
Del vals que empezaba pensando en los giros,
Sintiendo en mis labios sus hondos suspiros,
Con voz presurosa y amante y callada
Le dije: *Te adoro*,
Con ansia febril.
Y viendo en sus frescas mejillas de rosa
Su santa inocencia brillar pudorosa,
Mirando su frente latir temblorosa,
Y el cándido seno
Latir de emoción;
Sintiendo á mis labios el alma asomada
Y á impulso invencible del alma extasiada,
Fundiendo en la suya mi amante mirada,
¡Rompió la armonía...
Y habló el corazón!
Tú eres la esperanza que alienta dichosa,
Tú eres el ambiente que impregna mi sér;
Tú eres el efluvio de luz misteriosa,
Tú eres el aroma que brinda al placer.
Para tí derraman fragancias las flores,

Para tí es el canto del aire al vagar;
Para tí en las ondas que cantan amores,
Te bordan encajes las algas del mar.
Brilla en tus pupilas fe que alienta y salva
Brota en tus mejillas el fresco clavel,
Nacen en tu frente las tintas del alba,
Panal son tus labios de rosa y de miel.
En tarde serena las nubes lejanas
Extienden calladas su espléndido tul,
Y en blancos festones de mil filigranas
Descubren del cielo la atmósfera azul.
Así al escucharme temblando vacilas;
Tu frente serena se anubla fugaz;
¡Que brille en tus castas y frescas pupilas
La fe que te anuncie la calma y la paz!
No turbes medrosa tan plácida calma
Con tímidas nubes que el alma en tí ve;
Mi amor te asegura las dichas del alma;
¡Sé tú la esperanza, que yo soy la fe!
Te sueña en sed ardiente la mente deseosa
Y el corazón sediento te busca con afán,
Y brindan tus pestañas la calma venturosa
Que da en sus verdes hojas el plácido arrayán.
Aspira en tí el deseo aromas tentadores
Rivales del intenso perfume embriagador
Que al expirar la tarde vagando entre las flores
Esparce el bosque umbroso, del viento en el rumor.
Mi atmósfera es tu aliento, tu llanto mi rocío,
Y en mis ensueños vagas, espíritu ideal,
Lánguida cual los blancos nenúfares del río,

Dulce como el sonido del fresco manantial.
Las ondas misteriosas que tus suspiros crean
Repiten sus encantos, como en rumor sin fin;
Los céfiros amantes que el fresco valle crean
Las dulces armonías del aura en el jardín.

Yo soy el eco
De tus suspiros,
Vivo á la sombra
Que hace tu luz,
Tú eres quien crea
Mis pensamientos;
Lo que yo canto
Lo inspiras tú.
En los ensueños
De mi esperanza
Todo tu imagen
Me brinda á ver.
La luz tus ojos,
Tu voz la brisa,
Y el aire vago
Tu amante sér.
Y al extinguirse
Los resplandores
De la luz vaga
Crepuscular,
En los aromas
Que dan las flores,
Tu aliento tibio
Siento cruzar.

Y en los murmurios del bosque umbroso

Y en el doliente
Són quejumbroso
Del rumoroso
Río al sonar.
Y de las flores en las corolas
Y en los mil besos
Que da en las olas
Con aureolas
Que borda el mar,
La casta luna, dulce y callada
Con luz prestada
De tu mirar.
Ingénito en mi vida
Mi amor en tí esperaba,
Decírtelo era fuerza,
Tardaba la ocasión.
La espléndida armonía
Del vals me dió su amparo,
Brindando á que sus cárceles
Rompiera el corazón.
Si adversa la fortuna
De hoy más nos alejara,
Si airado mi destino
Nos vuelve á separar,
Sábelo: donde quiera
Que alientes venturosa,
Los ecos de mi acento
Te irán á acompañar.
Si las tempranas flores
Te brindan grato aroma,

Dí entonces que en mi aliento
Alma y calor les dí.
Si ves que se marchitan
En tu albo y fresco seno,
Piensa que amante y solo
Llorando estoy por tí.
Si alientas venturosa,
No pienses en mis penas,
Que yo, viéndome alegre,
Tu bienestar sabré.
Y si el dolor te abruma,
Cuando el pesar te aflija
Suspira y dí mi nombre,
Que al punto acudiré.
La dulce melodía
Se extingue perezosa;
Dejarte es ya preciso
Con el postrero són.
¡Consérvalo en tu oído
Cual yo, que mientras viva,
Como la imagen tuya
Lo imprimo al corazón!
Y al dar la ignorada benéfica mano
La nota postrera del vals en el piano,
Soltando su talle que amante ceñía,
Mirando su hermosa
Mortal palidez,
Con voz apagada y ansiosa y temblando,
Con vida y con alma su amor implorando,
Sintiendo el cabello rozando mi frente,

Callado un *te adoro*
La dije otra vez.
Y entonces, al darme su voz apagada
Con dulce sonrisa respuesta callada,
Palabra medrosa deprisa lanzada
Que en júbilo inmenso
Mi pecho inundó,
Brillaron las luces cual astros del día,
Nació esplendorosa la rica poesía,
Llenóse el ambiente de eterna armonía...
¡Y en su alma y la mía
La vida surgió!

I.

EL PASAPORTE.—Á ROSA

Á Francia vas; si el pasaporte quieres
Yo te lo puedo dar
Tan exacto y tan fiel, que nadie dude
Rosa, de que eres tal.
Rosa dirá en el frente; el aduanero
Al verte pensará
Que si las rosas contrabando fueran
Él no quisiera más.
Tu edad tal vez le dejara dudoso,
Que en el mundo al entrar
Tienes, rosa temprana, la hermosura
De espléndida beldad.
Las señas te pondré bien detalladas;

Ninguna faltará;
De memoria las sé, y una por una
las voy á enumerar.
Ojos; negros, traidores, *asesinos;*
Mas... ellos pasarán,
Que al verlos, el guardián de la frontera
Débil sucumbirá.
Frente; serena, como el alba pura.
Boca; como un panal
Donde en ámbar y miel nacen claveles
Que fresco aroma dan.
Color; como las blancas azucenas
del alba al despertar.
Pelo; de igual color al en que las mieses
Ostenta sin igual
La rubia espiga que en doradas haces
Al sol se ve brillar.
Estatura; la palma cimbradora
Que al viento besos da,
Su lánguida esbeltez presta á su talle
Y al vagoroso andar.
Señas particulares; unas manos
Que al mármol celos dan,
Y unos pies diminutos y embusteros
Que al suelo hacen mirar.
El corazón, sencillo y candoroso
El alma, celestial,
Y una melancolía misteriosa,
Que atrae sin cesar.
Que nadie ponga impedimento al viaje

Sin motivo especial

Dice el papel, y yo presiento, niña,
Que harto motivo habrá,
Porque, al verte corriendo por el mundo
Y haciendo tanto mal
Con esos ojos que las almas rinden...
¿Quién no te detendrá?
Por el Rey pasaporte te conceden,
Tu viaje sigue en paz,
Mas si yo fuera Rey.... te lo aseguro,
¡No te dejo marchar!

LI

No esperes nunca el perdón
Que yo no te puedo dar;
Vano es que finjas llamar
De nuevo á mi corazón.
Me heriste, y aunque hoy me ofrece
Tu franca amistad la mano,
Ni el tiempo en mí pasa en vano,
Ni la memoria envejece.
Dura, de lumbre ostentoso
Con luz clara y deslumbrante,
El espléndido brillante
Que al tiempo vence orgulloso.
Dura siglos el portento
Que gótica arquitectura,
Labró en ancha piedra dura
Y en fuerte y hondo cimiento.

Dura y á los siglos queda,
Para memoria adorada,
El hierro en gloriosa espada
Y el oro en rica moneda.
Dura en eterna memoria
Cuanto el hombre altivo quiere,
Débil papel, que no muere
Si acredita herencia ó gloria.
Dura el árbol secular,
Resiste al tiempo la torre,
Y no hay envidia que borre
Nombre que debe quedar.
Pero es de más duración,
Pues á la tumba nos sigue,
El recuerdo que persigue
Al herido corazón,
Y no hay lenitivo al daño
Que hacen con herida intensa,
La memoria de una ofensa
Y el dolor de un desengaño!

LII

Á CAMPO ARANA

Creer, para sufrir el desengaño;
Soñar, para llorar cuando despierto,
Buscar la dicha cual remoto puerto,
Que nunca abordo, por destino extraño.
Sembrar el bien y cosechar el daño,
Dejar lo fijo por seguir lo incierto;

Ver siempre cerca y á mis pies abierto
El ancho abismo de amoroso engaño;
Batallar con mi suerte rencorosa,
Ocultar del dolor la eterna herida,
Sentir el arte y respirar la prosa
Y ver mi triste juventud perdida,
Tal es, en suma, mi existencia hermosa;
¡Y á esto llaman vivir... y ésta es la vida!

LIII

Á LUIS VIDART

Explicando una tarde anatomía
Un sabio profesor
Del corazón á sus alumnos daba
Perfecta descripción.
Anonadado por sus propias penas
La cátedra olvidó;
Y á riesgo de que loco le creyeran,
Con alterada voz
«Dicen, señores, exclamaba pálido,
Que nadie consiguió
Vivir sin esa víscera precisa,
¡Error, extraño error!
Hay un sér de mi sér, una hija mía
Que ayer me abandonó;
¡Las hijas que abandonan á su padres
No tienen corazón!»
Un estudiante que del aula obscura.
Se oculta en un rincón,

Mientras los otros asombrados oyen
Tan público dolor,
Sonriendo á un amigo y compañero
Le dijo á media voz:
¡Piensa que á su hija el corazón le falta...
Y es que le tengo yo!

LIV

Era una amante y desdichada esposa,
Y en fuerza de sufrir,
Pensando del esposo en el desvío,
Sentíase morir.
De todo sospechaba, aunque no viera
Ni sombra de verdad;
Y fantasmas creando, sollozaba
En triste soledad.
Tenía, por fortuna, una piadosa
Constante amiga fiel,
Con quien á solas comentar solía
Lo que pensaba de él.
Veinte años há que viven como hermanas;
Vecinas siempre son;
La esposa devorada de los celos,
Le abre su corazón.
—Tal vez en este instante está con otra,
Siempre diciendo está.
—Al fin, dice su amiga, tantas dudas
El tiempo borrará.
—Me dice el corazón que otros amores

Le apartan de mi amor;
—Temores vanos y delirios locos
De imaginario error.
—¿Será Isabel la que en la noche inquieta
Le priva de dormir?
—¡Hay tantas cosas que el amor no entrañan
Y tanto hacen sufrir!
—Será la hermosa y frívola Susana,
Que á todos da ocasión...
—¡Ya tu esposo adivina que esa pobre
No tiene corazón!
—Aurora entonces es, que en voz muy baja
Siempre le suele hablar.
—Si delante de tí le habla en secreto
No hay tal disimular!
—Será Dolores, que en sus verdes años...
—¿Quién ama la vejez?
—Será la novia á quien vencí soltera...
—¡Hay tal insensatez!...
—Será la rubia que en el baile anoche...
—Ya tiene antiguo amor.
—Ó la morena de rasgados ojos...
—¡Error, eterno error!
—Si será la que ayer... Piensa, hija mía,
Que harto dudaste ya.
—¡Oh no! Mi corazón jamás me engaña...
Dios mío, ¿quén será?
En esto entrando el descarriado esposo
La frase interrumpió,
Y ella, porque llorando no la viese

Corriendo se marchó.
—¿Qué sucede? pregunta temeroso
Y en tono singular.
Y la amiga riendo le responde:
—Que busca sin hallar.
Sospecha al fin... descolorido exclama:
Y ella responde:—Sí.
De todas tiene celos... Piensa en todas...
¡Y nunca piensa en mí!

LV

Ayer cuando á mi lado un mundo hallabas
De amor y de ventura,
Al cabo de seis horas exclamabas
¡Cuán poco el tiempo dura!
Y al ver que de partir tenía prisa,
Amante y lastimera
Decías con dulcísima sonrisa:
¡Aún es temprano! ¡Espera!
Hoy menos breve el tiempo te parece,
Más largas las sesiones,
Que es triste ver, cuando el amor declina
Cambiar las estaciones.
Las horas cuentas del reló vecino;
Da seis y oyes tú siete,
Y dices enseñándome el camino:
¡Es ya muy tarde, vete!
¡Oh corazón, que aumentas y que acortas
Las horas ayer dulces, hoy amargas!

¡Cuando el amor empieza son muy cortas,
Cuando el amor acaba, son muy largas!

LVI

Á UNA COQUETA

Oye: te voy á contar
Un íntimo sentimiento,
Y si aplicas bien el cuento
Mi pena podrás calmar.
Viajando una vez á bordo
De un vapor con rumbo á Oriente,
Me enamoré ciegamente
Y á toda prudencia sordo,
De una viajera alemana
Á quien por desdicha mía
Siempre á mi lado tenía
Por tarde, noche y mañana.
Y aunque ella no me fué esquiva.
Ni era ingrata á mis carocas
(Que era, como he visto pocas,
De risueña y expresiva);
Fué nuestro amor humo vano,
Y fué inútil nuestro afán,
Que ella hablaba en alemán
Y yo hablaba en castellano.
Sonrisas que se cruzaban,
Miradas que se perdían,
Flores que iban y venían

Y canciones que volaban;
Nada podía igualar
Por expresivo y sincero
Al idéntico «te quiero»
Que queriamos cambiar.
Muy fácil nos fué el olvido,
Pues ni una frase cruzamos,
Y al cabo nos separamos
Sin habernos entendido.
¡Ay! Pero aquel fué pesar
Que al fin tenía su encanto,
Y no lo sentí yo tanto
Como el que tú me has de dar.
Porque á tí, que en dulce frase
De tu idioma, que es el mío,
Te pinto el amor que ansío
Que el duro pecho traspase;
A tí, que con tal verdad
Te hablo y finges comprenderme,
Cuando crees responderme
Con igual sinceridad...
A tí jamás se te alcanza
La diferencia que existe
Entre mi cariño triste
Y tu risueña esperanza.
Tú amas para no olvidar
Tus hábitos de mujer,
Y yo porque hay en mi sér
La necesidad de amar.
Tú con frívola pasión

Haces á mi amor agravios,
Y es que tú amas con los labios
Y yo con el corazón.
Ésta sí que es pesadumbre
Y mal que temo no ataje,
Ni la igualdad del lenguaje,
Ni el tiempo, ni la costumbre.
—¡Busca otra alma que vencer
Y agosta nuevas pasiones,
Que nuestros dos corazones
No se pueden entender!

LVII

Á CAMPOAMOR

Esperando al cartero en la ventana
Durante un año, la sensible Inés,
Con lluvias, y con fríos y calores,
Constante esclava de sus pasos fué.
Todos los días le traía carta,
Siempre salía á conversar con él,
Y á suplicarle tierna y cariñosa
Que volviese más pronto á la otra vez.
Hubo en la casa boda, y el cartero
Cesó cartas amantes de traer;
Al año un largo viaje hizo el esposo...
Y solía escribir... de mes á mes.
Un día que el cartero la escalera
Vió á Inés bajar, sin reparar en él,
Le fué á dar una carta, y ella dijo,

Déjala arriba; la veré al volver.
  Murmurando el cartero de la vida,
Iba diciendo con amarga hiel:
¡La mitad de las cartas que se pierden...
    Se deben de perder!

LVIII

  ¿Cómo te podré pintar
Lo que comienzo á sentir,
Si ni tú lo vas á oir
Ni yo he de poder hablar?
  Aunque la elocuencia sobre
Cuando el alma se extasía,
La palabra es torpe y fría,
Y el humano idioma es pobre.
  Porque cuando dos que son
Uno mismo, en sordo afán
Juntos y solos están
Y se miran con pasión,
  Al pintar lo que desean
Ojos y almas los desmienten,
Y hay secretos que se sienten
Callando, y se saborean.
  Lástima de tiempo y voz
Que turben la dicha mía,
Cuando en dulce compañía
Pasa el tiempo tan veloz.
  Déjale pasar corriendo,
Déjale correr volando,

¡Calla, que te estoy mirando!
¡No hables, que te estoy oyendo!

LIX

Há un año oyendo la marcial charanga
Con que atruena la calle el batallón,
Con loca prisa y emoción amante
Corrías al balcón.
De noche al escuchar sobre la acera
La espada de las piedras al herir,
Temblando y presurosa las cortinas
Solías entreabrir.
Hoy cuando alegre la charanga suena
Y retiembla á sus ecos el cristal,
Las maderas entornas temblorosa
Y rompes á llorar.
¡Ay, niña, los amores del soldado
Refleja en la charanga el batallón,
Suena á lo lejos, llega, brilla, pasa,
Se pierde el eco, y se conserva el són!

LX

Á LA CONDESA DE LAS ALMENAS

Ibamos juntos, en largo viaje
Arrellenados en un vagón,
Hacia la sierra de Andalucía
Román y yo.

Román soñando dichas y amores
Con que le brinda su juventud,
Yo de la tarde saboreando
La tibia luz.
Frente á nosotros una viajera,
De azules ojos y blanca tez,
Siempre esquivando nuestras miradas
Constante fué.
Llevaba en brazos sobre la falda,
Durmiendo en ella sueño feliz,
Un niño rubio como los ángeles
Deben dormir.
Román clamaba con ansia loca
Contra tan rara, terca esquivez;
Mis ojos sólo mirar sabían
Al niño aquel.
Ella escuchaba mal de su grado
Nuestra indiscreta conversación,
Contraste extraño de diferentes
Ansias de amor.
—Mira qué hermosa—dijo mi amigo,
Mira qué manos, mira qué pie.
Yo contestaba:—Mira ese niño
¡Qué hermoso es!
Román seguía:—Vértigo siento;
Si no me mira pienso morir;
Y yo exclamaba:—¡Si yo tuviera
Niños así!...
Él.—Diera el alma por serle grato,
Si me mirase sólo una vez...

Y yo:—Si el niño me diera un beso
¡Qué más placer!
—¡Nos ha mirado! dice él ansioso,
Observa y calla... ¡Ya soy feliz!
—¡Yo sólo veo que el niño rubio
Me mira á mí!
—Sus claros ojos brindan serenos
Firmes pasiones, dulce bondad.
—No; los del niño son más azules.
¡Qué hermosa paz!
—La madre tiene blancas las manos,
Rubio el cabello, dulce la voz,
—El niño tiene las manecitas
Rogando á Dios.
En esto el coche paró de pronto
Sonó el temido timbre fatal,
Y la viajera se disponía
Para marchar.
Román al paso le hizo un saludo,
Sin que lograrà contestación;
Yo al niño entonces besé, y la madre
Me sonrió.
Santa sonrisa que vió mi amigo
Con inquietud.
¡Ah, torpe y ciego! le dije al pobre
¡Qué sabes tú!
Partir la vimos por un sendero
Por donde el niño soltó á correr.
Yo dije entonces: ¡ángel, te adoro!
Román gritaba. ¡Salve, mujer!

Juntos caímos mal humorados
En los rincones de aquel vagón,
Y al par ahogamos distintos gritos
En lo profundo del corazón.
Soñando fuimos la noche entera,
Soñando fuimos hasta Madrid:
Él.—¡Si me amára!—*Yo:*—¡quién tuviera
Niños así!

LXI

ANTE LA INCLUSA

El león con ser león
Adora su propia sangre;
Y el chacal con ser chacal
No vive sin sus chacales.
Defiende el tigre á sus hijos,
La pantera es tierna madre,
Los buitres de las montañas
Amorosos nidos hacen;
Y los hombres con ser hombres
Han hecho una casa grande,
Para almacenar los niños
Arrojados á la calle!

LXII

Á SELGAS

Una niña de un mes, y una señora
Que ochenta Abriles vió lucir floridos,

Se murieron ayer en una hora
De ataques cerebrales parecidos.
  Morir las ví; y el alma no alcanzaba
Cuál de las dos mejor se despedía;
Pero la anciana, al expirar, lloraba,
Y la niña, al morir, se sonreía.

LXIII

  Dijo á la esposa un amigo
Leal; tu esposo te engaña;
Y ella le dijo, ¿hay tal maña?
¡No te diviertes conmigo!
Un metiroso enemigo
En anónimo papel
Le dijo: tu esposo infiel
Te engaña; y ella creyó,
Y al esposo aborreció
Y no volvió más con él.
  Esto da por norma cierta
Que está más acreditada
La falsedad embozada
Que la verdad descubierta.
Viva el corazón alerta
Y aprenda á oir la pasión;
Que en el mundo al corazón
Hieren, si bien se repara,
Las verdades cara á cara,
Las calumnias á traición,

LXIV

LA VIRGEN DEL PILAR

(Á MI HIJO ÁNGEL)

Hay á orillas del Ebro, gloria de España,
Un *pilar* tosco y rudo, ¡santa bandera!
El río con sus ondas el pilar baña
Y le adoran los pueblos de la ribera.
Derrama en torno
Rayos divinos;
En él descansan
Los peregrinos,
Y alientan los que llevan, puestos de hinojos,
Dolores en el alma, llanto en los ojos.
En él aposentada de noche y día
Está la inmaculada Virgen María;
Á verla van los reyes y los pastores,
Por ella tienen cantos los ruiseñores;
Frutos el valle,
Luz el ambiente,
Flores el campo
Y agua la fuente;
Y por ella, los hijos de aquella tierra
Fueron siempre dichosos en paz y en guerra.
Lucían de mi vida las alboradas,
Y eran dulces los sueños en que dormía;
Mi sueño acariciando con sus miradas,
Me arrullaba en sus brazos la madre mía,
Y murmurando

Tiernas canciones,
Me fué enseñando
Sus devociones;
«La Virgen de los niños es protectora,
Cuando los niños mueren, suspira y llora.»
Al templo me llevaron de la ribera,
Y ante el pilar bendito con embeleso,
A rezar me enseñaron con fe sincera
Y adorar en la imagen dándole un beso.
Por cada beso
Que allí posaba,
Ciento en mis labios
Mi madre daba.
¡Cuida, señora, el ángel de mis amores,
Haz que sea su vida senda de flores!
Pasaron muchos días que hicieron años
Y sufrí de la vida las amarguras;
Anublaron mi frente los desengaños,
Trocáronse las dichas en desventuras.
Y ansiando días
De bienandanza,
La Vírgen pura
Fué mi esperanza.
«Vírgen, en cuyos ojos el cielo miro,
Mírame, que de hinojos lloro y suspiro.»
Siempre de la plegaria brotó consuelo,
Y un ángel en la tierra mi afán calmando,
Mensajero dichoso del bien del cielo,
Mis amargos pesares fué consolando.
Y tras los hondos

Fieros dolores
Siempre lucieron
Días mejores.
¡Virgen, á cuyo amparo mi mente crea,
Mil veces alabado tu nombre sea!

1867.

LXV (1)

(FANTASÍA CARNAVALESCA)

VIENTO

¡Oh campo yermo y pálida llanura
De cierzos invernales azotada!
¿Qué fué de vuestra espléndida verdura
Y alfombra engalanada?
¡El tiempo esteriliza y anonada
Cuanto encuentra á su aleve paso eterno!
Pasó el otoño y avanzó el invierno,
Y del campo las galas y primores
Trocó el invierno en soledad sombría
Y en tétricos rumores,
Del viento helado y de la escarcha fría.
Tal exclamaba un día
Nublado de Febrero,
El poeta doliente que suscribe,
Y que cantando sus pesares vive.

(1) Fué escrita esta composición para el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana* de 1878, y ahora se reproduce aquí corregida.

Y harto de no encontrar fuera de puertas
Ni flores ni canciones
En las planicies tristes y desiertas
De estas incomprensibles poblaciones,
Que otros suelen llamar *plazas abiertas*,
Se fué á su casa, y á la grata lumbre
Del hogar do le lleva la costumbre,
Del hondo asiento en el rincón hundido,
Viendo la lumbre se quedó dormido.

LLUVIA

Presto un chasquido que insistente suena,
Interrumpe su sueño placentero,
Y es el agua del cielo que nos manda
La lluvia de Febrero.
¡Oh lluvia que ora escucho indiferente!
Murmura bostezando,
¡Un tiempo fuiste música sonora
Que oí sonar, gozando!
Que en las horas de invierno riguroso
La lluvia es un arrullo cariñoso.
¡Llueve! (dice el amante) ¡Oh qué bendita
La lluvia cadenciosa,
Que da pretexto á prolongar la cita
Y á ser feliz junto á la prenda hermosa!
¡Llueve! (dice el marido) ¡horror! malhaya
La lluvia inconveniente,
Que cayendo me impide que me vaya
Huyendo á mi curiosa impertinente
.....

La lluvia es melodía
Ó ruido de tenaz monotonía;
Para el amor, arrullo cariñoso;
Para el hastío, sonsonete odioso.
¡Ay, dicha pasajera,
Nube fugaz de lluvia en primavera!

CREPÚSCULO

En tanto estos ayes del pecho exhalaba
La tarde moría, la noche avanzaba...
Yo aguardo estas horas postreras del día
Que el alma me inundan de triste poesía,
Mirando en los rojos crujientes carbones,
Candentes figuras y extrañas visiones.
El alma en sus giros y dulces engaños
Se pierde, y se lanza por mundos extraños,
Y en esos momentos de sombra y de calma
Yo evoco á mis solas recuerdos del alma.
De niño á estas horas al valle volvía
Mirando los rayos del sol que se hundía,
Cantando esperanzas y dichas y amores,
Trayendo á mi madre manojos de flores.
La veo á la sombra del ancho madroño
Que ya deshojaron los aires de otoño;
Recuerdo la mesa que juntos pusimos
Colmada de frescos fragantes racimos;
La brisa y las hojas en dulce concierto
Las aguas del río, las tapias del huerto...
Comparo con tedio que el alma devora

Las dichas de entonces, las penas de ahora;
Y en tanto la llama se extingue y refleja,
Se iergue y se humilla, y avanza y se aleja,
Su luz derramando con plácida calma
Y oculto misterio sembrando en el alma.

.....

.....

Con vuelo incansable la audaz fantasía
Se lanza en las brumas postreras del día,
Y salva distancias, y cruza los mares,
Y va recorriendo comarcas y hogares.
Contemplo del campo las muertas labores,
Veo á las cabañas volver los pastores,
Y al puerto acogerse del viento al empuje
La barca sin velas y el remo que cruje.
Las blancas gaviotas en anchas bandadas
Se alejan rozando las ondas rizadas:
Del valle en el fondo, con són funerario,
La es ¡uila resuena llamando al rosario.
Allá entre la bruma con negra guedeja
Se ve el humeante vapor que se aleja,
Llevando en su seno y á climas lejanos
Amantes y esposos, y padres y hermanos!
Tal vez á estas horas en triste aposento
La esposa solloza con hondo lamento;
La casta doncella con alma doliente
Suspira en la sombra llorando al ausente.
En mil soledades, del mundo ignorados,
Se ven á estas horas los enamorados;
Del día expirante la luz tibia aspiran,

Estrechan las manos y amantes se miran.

.....

Contando las horas el triste enfermero,
Se duerme olvidado del ay lastimero.
Yo en tanto en la llama y en rápido giro
Visiones hermosas estático miro;
Recuerdos que pasan de gratos placeres,
Imágenes bellas de amantes mujeres!
Aquella es la sombra que en són lastimero
Murmura en las noches del mes de Febrero
Y en torno á mi lecho cual céfiro gira
Y el alma sedienta su ambiente respira.
¡Oh mes de Febrero, de eterna memoria!
Tu nombre en mi mente despierta una historia
De mil carnavales el bien ya lejano,
Me manda que cante la incógnita mano;
Espíritu amante, secreto misterio,
Yo canto tus glorias y anónimo imperio!

CARNAVAL

Era un baile; y entre el ruido
De la orgía y del placer,
Una sombra, una mujer
Envuelta en velo tupido,
«Que me recuerdes te pido
Como te recuerdo yo»,
Dijo; y leve deslizó
Entre mis manos su mano,
Y después cual humo vano
Para siempre se alejó.

No supe más; más no vi;
Pero aún siento temblorosa
Aquella mano ardorosa
Que entre las mías sentí.
Aún con loco frenesí
La quiero llevar al pecho;
Aún con efusión la estrecho
Contra el corazón herido;
Y ora la aprieto rendido
Ó la estrujo con despecho.
Desde aquella noche triste,
De eterno recuerdo amante,
La mano en afán constante
Tenaz en llamarme insiste;
Formas distintas reviste
Y en mi tormento empeñada,
Siempre la siento callada
Dirigiendo mi destino,
Y marcándome un camino
Entre la sombra velada.
Cuando rendida al pesar
Triste el alma al cielo implora,
La mano consoladora
Viene el dolor á calmar;
Lenta la siento bajar,
Del cielo se precipita,
Y haciendo una cruz bendita
Con sus dedos sonrosados,
De los labios abrasados
Beso amante solicita.

La llama el afán creciente
Y cuando de sed se abrasa
El alma, y la noche pasa
Velando la inquieta mente,
Sobre la ardorosa frente
Celeste lumbre derrama,
En amor el pecho inflama,
Y con los dedos unidos
Viene á contar los latidos
Del corazón que la llama.
Si enfermo en desierto lecho
Sufro en queja prolongada,
Ella enfermera callada
Pulsa el fatigoso pecho.
Febril y amante la estrecho,
Y ella pasa horas enteras
Parando las minuteras
Y las péndolas vecinas,
Y corriendo las cortinas
Y entornando las maderas.
Cuando á una mujer hermosa
Sedientos miran mis ojos,
La mano en mudos enojos
Los míos cubre celosa.
Cuando en mi sed amorosa
Me siento capaz del crimen,
Y corazón y alma gimen
Llorando dichas ausentes,
Siento unos dedos candentes
Que en el cerebro me oprimen.

Faro que su luz refleja,
Buscó en ella el puerto amigo,
Su forma vaga persigo
Que en la sombra se bosqueja,
Fuego fatuo que se aleja,
Voy su lumbre persiguiendo,
Y así vivimos muriendo
Dos que morimos amando,
Ella de lejos llamando...
Y el alma siempre siguiendo...
Á otro más crédulo asombre
Con raro asombro profundo
La gloria y poder que el mundo
Logra por mano del hombre.
Mi sueño no tiene nombre,
Mas yo lo llego á entender,
Y he venido á comprender,
Persiguiendo una mentira,
Que el mundo incesante gira
Por mano de la mujer.
Por ella al mundo venimos
Y seguimos y creemos,
Amamos y aborrecemos
Y matamos y morimos.
Somos, seremos y fuimos
Siempre esclavos de su fe.
¡Ay mano oculta! ¡Ya sé
Por qué mi vida consumes,
Que en tus misterios resumes
Cuanto será, y es y fué!

¡Tú con misterioso afán
Y honda y secreta impulsión,
Alas das al corazón
Que en tu amor se desharán;
Siguiéndote siempre van
Con esperanza creciente
Los recuerdos de la mente
Y la sed del pecho amante,
Símbolo mudo y constante
Del afán que el hombre siente!
Humana forma aquel día
Te juzgó el loco deseo,
Y ora cual eres te veo,
Misteriosa alegoría.
Sin razón te suponía
Realidad de sér humano,
Y eres misteriosa mano
Con tu secreto profundo,
La oculta fe que en el mundo
Mueve al sentimiento humano.
Dicha, dolor y placer,
Cuanto se piensa y se siente,
Todo lo inspira el ambiente
Del amor de una mujer.
Gloria, ambición y poder,
Inquietud, zozobra y calma,
Áureo laurel, seca palma,
Ella es la fuerza del sino,
Mano oculta, que el camino
Le va señalando al alma!

Luz que el derrotero enseña,
Mar adonde van los ríos,
Reina de los albedríos
De las voluntades dueña.
Alma y corazón domeña
Con sus misterios profundos,
Ora con bienes fecundos
Ó indescifrables misterios,
Removiendo los imperios
Y trastornando los mundos.
Alma mujer, yo te imploro.
Tú eres el tiempo y la historia,
Ya en ardiente sed de gloria
Ya en impía sed del oro,
Por tí su gloria ó desdoro
Logra el corazón humano,
Pues tú eres la oculta mano
Que en la sombra el alma estruja,
Y al bien ó al mal nos empuja
Con impulso soberano.
Márcame, pues, mi destino,
Que velada ó descubierta,
Ya sé que mi vida incierta
Gobernarás de contino.
Feliz ó fatal destino
Por tí espero merecer,
Pues mientras aliente un sér
Que de humano tenga el nombre,
Siempre irá impulsando al hombre
La mano de una mujer!

PULVIS EST...

Así del mes en que el amor se oculta
Bajo el disfraz de loca algarabía,
Cantaba el vate la memoria grata
Que el alma consumía.
Pasó Febrero con su alegre ruido,
El eco alegre del placer pasó;
Todo pasa, las dichas y las penas,
Pero el recuerdo, ¡no!
¡Oh Carnaval eterno de la vida,
Engañosa ilusión, hoy como ayer!
¡Oh breve mes, por algo eres más breve...
¡Porque eres el placer!

LXVI

Á ANTONIA CAICEDO

Los hombres que hablan mal de las mujeres
No lo sienten así.
Yo, en cambio, he de cantar cuanto por *ellas*,
Disfruté y padecí.
Orencia me enseñó con sus amores
Á sentir el amor,
Y Aurora con su olvido desdeñoso...
Á pensarlo mejor.
Rosalba me alentó á buscar la gloria
Con ambición febril;
Y Águeda libertó del vicio odioso
Mi pecho juvenil.

Por Fanny empobrecí; pero el trabajo
Por ella amar logré;
Por Ledia enriquecí, para ofrecerla
Lo que obra suya fué.
Por seguir á Ascensión crucé la Europa
Y el mundo conocí.
Por agradar á Marta la discreta
Estudié y aprendí.
Enseñóme el desprecio de la muerte
La pérfida Isabel;
Hízome amar la vida, por amarla,
Olimpia, siempre fiel.
Por Concha fuí activo, diligente,
Audaz y emprendedor.
Quitóme el sueño Luz; soñé con Laura
Las glorias del amor.
La que me amó, me dió de la victoria
El sin igual placer.
La que me despreció, mi necio orgullo
Modesto me hizo ver.
Ellas pintaron mis primeras canas
Matando mi pasión,
Y la primera lágrima arrancaron
Al triste corazón.
Ellas la miel de las primeras flores
Me dieron á probar,
Y cual nuncio de paz, el primer hijo
Me hicieron adorar.
El arte en bellas formas esculpido
En ellas vi latir,

La poesía que inundó la mente
Hiciéronme sentir.
De las heridas que en el alma hicieron
El dolor olvidé;
¡Soldado audaz, las anchas cicatrices
Con gloria ostentaré!
Ella fué la que niño en sus rodillas
Me enseñaba á rezar;
Ella la que á mis hijos les enseña
Mi nombre á pronunciar!
Ellas son la esperanza y la victoria,
La gloria y la ambición;
La razón, la locura y el despecho,
La calma y la pasión.
Ella es la duda en que la mente flota
Sintiéndose morir;
Ella la fe que cual brillante estrella
El alma ve lucir.
Ella pasea su triunfante carro
De la guerra al fragor,
Y surge de la espuma de los mares
Derramando el amor!
Con *ellas* soñador adolescente
Al mundo me lancé;
Con *ellas* la pendiente de la vida
Sin riesgo bajaré.
Libros, aulas, y estéril ciencia humana
No pueden enseñar
Lo que sus ojos en que brilla el cielo
Y su alma, inmenso mar!

Los hombres declamando sus errores
No lo sienten así;
Yo canto en evangélico deseo:
Hembras, venid á mí!

LXVII

Confesando en el templo sus pecados
Sollozaba la esposa en su aflicción,
Víctima triste de su amarga vida
Y de fatal error.
¡Oh, cuán hermosa en su abrasado lloro
Pintaba su desvío y su pasión,
Y roto por su culpa el dulce lazo
del conyugal amor!
Ella pensó ser fiel; nunca creyera
Sentír del hondo abismo la atracción;
Pero el despecho y la injusticia humana
Causaron su dolor.
Faltó, y amó á otro sér con alma y vida;
Le ama, le adora con tenaz pasíón,
Y al verla que llorando lo deplora...
Lloraba el confesor!
Que al ver aquel tesoro de ternura,
Y en tan grande hermosura tal dolor,
Hasta las duras piedras se ablandaran
Oyendo aquella voz.
Por fin, las causas indagar intenta
Que aliento sean del fatal amor,
Y den motivo á perdonar, siguiendo
Su impulso el corazón.

Pendiente del anciano bondadoso
La pecadora, triste, murmuró:
—Falté, ¡porque en tres años de amargura
No se me comprendió!;
Y lanzando un suspiro prolongado,
Mirando al cielo, y con doliente voz,
—¡Todas dicen lo mismo! dijo el cura...
Y echó la bendición (1).

LXVIII

Á CAROLINA LÓPEZ LERDO

Cuando al mundo tendiste el primer vuelo,
Yo vi en tus ojos despuntar la aurora;
Hoy en tu frente como en claro cielo
Contemplo el sol que las montañas dora.
Cuando el amor te brinde eterno lazo,
Tus amores veré, gozando en ellos:
Cuando á tus hijos vea en tu regazo
Los amaré, porque serán muy bellos.
Al saber que en el mundo eres dichosa
Sentiré, presintiéndolo, alegría.
Si me cuentan que lloras pesarosa,
Sentiré en soledad melancolía.
Siguiendo paso á paso tu camino

(1) Una mujer, tan hermosa como desgraciada, refirió al autor há tiempo este suceso, en el que la poesía no ha puesto más que la forma.

Yo el reflejo he de ser de tu ventura,
Constante soñador de tu destino
Y eterno girasol de tu hermosura.
Y tú al ver que tu nombre siempre invoco,
Dirás, pensando en el que más te quiera,
Que el amor es violento y dura poco,
Y la amistad es dulce y duradera.

LXIX

AL CORONEL OROZCO

Era guardia de Corps y enamorado
El infeliz Pascual,
Hoy viejo regañón, y hombre de Estado
Y conde, y general.
Y era niña gentil, rosa temprana
La sin igual Belén,
Hoy madre, abuela, y venerable anciana,
Y condesa también.
Por seguirla el incauto subalterno
El año veintidós,
Dejó el servicio y el hogar paterno
De su adorada en pos.
Cruzó caminos, cortes y lugares
Tenaz y eterno bú,
Y llegó, atravesando tierra y mares
Al reino del Perú.
Allí pobre y enfermo y pereciendo
Amóla sin cesar,
Y otra vez cruzó el piélago, volviendo
Con ella al patrio hogar.

Incauto defensor de aquella hermosa
De quien lloró á los pies,
Batióse, y una herida peligrosa
Le tuvo en cama un mes.
Por ella en lucha de dolor tremenda
Viéndola de otro amor,
Buscó la muerte en la civil contienda
Con sin igual furor,
Y desde entonces su brillante historia
La fama dió en contar,
Haciendo eterna la esplendente gloria
Del bravo militar.
Él, entretanto, su postrer suspiro
Lanzar en fin pensó,
Llegando el pobre hasta pegarse un tiro...
Que no le resultó.
Las crónicas el hilo al fin perdieron
De tanto padecer;
Yo sólo sé lo que mis ojos vieron
Con raro asombro ayer.
Una carta á entregar de la Condesa
Un ayudante entró,
Leyóla el veterano, y en la mesa
Con rabia la arrojó.
Y al oir que en el sobre dice:—*Urgente*
Dijo:—Conteste usté;
Y dígale á esa vieja impertinente...
Que cuando pueda... iré!

LXX

EL ÁLBUM DE RETRATOS

Á LA BARONESA DE GORTES

Esperando en el salón
Que á mi vista apareciera
La hermosa que ocasión era
De mi impaciente emoción,
Un álbum de tersa piel
Con lindos broches de acero
Mientras llega la que espero
Me brinda á fijarme en él.
Cien hombres ví allí pasar,
Sus efigies contemplando,
Unos tal vez esperando
Y otros cansados de estar.
Allí con sonrisa amante
Me miraba una mujer,
Que al verme en la calle ayer
Perdió el color del semblante,
Y á su lado seco y frío
Ví el rostro enjuto de un hombre,
Que porque la dió su nombre
Dicen que aborrece el mío.
Una *inconsolable* viuda
Rebosando nueva vida,
Estaba allí tan vestida...
Que parecía desnuda.
Con rostro que anuncia enojos

Una niña encantadora,
Rival de la blanca aurora
Por sus clarísimos ojos,
  En su linda faz austera
Parece que me decía:
—¡Qué desdichada sería,
Ingrato, si aún te quisiera!
  Satisfecho de su obra
Contemplé al coronel Melo,
Que há tiempo me hirió en un duelo
Y tuvo razón de sobra.
  Y al lado, la que hoy es ya
Su mujer, me sonreía,
Y yo muy triste, decía.
—¡Dios mío, qué vieja está!
  En todo su áureo esplendor
—Retrato de cuerpo entero—
Un opulento banquero
Vestido de cazador.
  Y al lado con faz cansada,
Su infantil consorte fiel,
¡Blanca paloma sin hiel
Con armas de oro cazada!
  Un famoso general
Que nunca ha entrado en acción...
¡Sentado junto á un cañón
Con aspecto muy marcial!
  Y un juez que dió á mi contrario
En pleitos la razón mía,
La severidad lucía

De todo un juez ordinario.
  Tristes recuerdos despierta
En mi mente dolorida
Ver á un pícaro con vida
Y á una niña hermosa muerta!
  Y aún me da más pena ver,
Juntos y alegres y unidos,
En tierno grupo fundidos,
Dos hombres y una mujer.
  En una página, inmola
Leyes de un santo cariño,
La nodriza con el niño,
¡Y en otra, la madre, sola!
  Mi corazón se alegró
Viendo en la misma postura
Al médico que me cura...
Y al cura que me casó!
  Cuatro hojas llenan risueñas
Varias bellezas tempranas,
Altas, bajas y medianas,
Morenas, rubias, trigueñas.
  Todas con tal dulce risa,
Que el alma quiere adorarlas,
Sin pensar que al retratarlas
Les forzaron la sonrisa.
  Por fin, la vista que pasa
Hojas varias impaciente,
Halla el retrato esplendente
De la dueña de la casa.
  Su beldad fascinadora

Y su escultórico busto
Resaltan más por el gusto
De una actitud tentadora.
  Flor que atravesando abrojos
Llegué por fin á tocar,
Luz que el alma ve brillar,
Faro que buscan los ojos!

. . . . . .

  Mirando extasiado estaba
El retrato sin sentir
Lo mucho que ya en venir
El original tardaba,
  Y olvidando la tortura
Que pasé en sed infinita
Hasta hacer esta visita
Principio de una aventura.
  Sentía el pecho latir,
Y la mente soñadora
Pensaba en la ansiada hora
Que presto verá lucir,
  Y en el nuevo amor fecundo,
Tesoro de mil placeres,
Que haga olvidar los deberes
Y tiranías del mundo...
  Cuando tantos regocijos
Turban, aunque no me cuadre,
Un retrato de mi madre
Y un grupo en que están mis hijos

. . . . . .

  Sentí entonces... no sé qué;

Miré en torno del salón,
Pensé que aún era ocasión...
¡Cerré el libro, y me marché!

Enero, 1876.

LXXI

EL PAÑUELO

(Historia madrileña).

CARTA

Con el pañuelo que perdiste un día
Del vals en la confusa rapidez,
¡Cuántas lágrimas, cuántas, he secado
Pensando en tu desdén!
Teñido en sangre que enemigo acero
Arrancó al corazón que tuyo fué,
Lo besaron mis labios muchas horas
En insomnio cruel.
Cuando tu olvido me lanzó á los mares
Para olvidar tu pérfida esquivez,
En la orilla dejándote dichosa
Con él te saludé.
Allá en los campos de la ardiente Cuba
Santo amuleto amante le adoré,
Blanca bandera, de la tregua anuncio
Se alzó más de una vez.
Mi madre en tanto, en soledad moría;
Cuando lo supe y en tu amor pensé,
El rostro en llanto de dolor bañado
Me lo cubrí con él.

Volví á la patria: saludé las playas
Donde te ví por la primera vez,
Y estrujando el pañuelo entre las manos
Pensando en tí lloré.
Cruza de nuevo ante mis muertos ojos
Tu imagen bella y tu insolente bien,
Y de nuevo este lienzo, compañero
De mis angustias es.
Dueño feliz que luce tu hermosura,
Tu posesión ostenta por doquier,
Y yo, mordiendo tu pañuelo blanco,
Callando lo veré.
Ayer del baile entre el alegre ruido,
Tus tristes ojos mi semblante al ver,
Mudos lloraban, de mi rostro viendo
La eterna palidez.
Los níveos dientes apretando unidos
De tus labios las hojas de clavel,
En roja sangre los tiñeron tanto,
Que se la vió correr.
Tu amante dueño á restañar la herida
Corre al instante que la sangre ve
Y el blanco lienzo de mis manos coge
Para secarla en él.
¡Ay! de tu herida bálsamo secreto
Fué el llanto de mis ojos, bien lo sé;
Libaste á tu pesar lágrimas mías
Botín de tu desdén.
Y el ignorante que por un capricho
De extraño azar en tu socorro fué,

Volviéndome la prenda, mil perdones
Me demandó cortés.
¡Oh! si en el mundo los heroicos pechos
La voz no respetaran del deber,
Gracias mil con el alma yo le diera,
Por la casual merced.
Si otra vez por desdicha ó por ventura
Nos halláramos cerca como ayer,
Y en estos labios apagados míos
Color brillante ves,
Piensa en las veces que perdido el sueño,
Mis labios en frenética avidez
Su color á tu sangre habrán robado
Con insaciable sed.
Y si escuchares, al dejar de verme,
Que en soledad me siento fallecer...
Cubre mi rostro con el blanco lienzo
Que el mundo quiero abandonar con él!

RESPUESTA

Mis padres fueron de mi bien avaros,
Fué la fortuna mi puñal traidor,
Oro me sobra, timbres, rentas, galas,
Pero alegrías, no.
No me robaste mi pañuelo blanco
Del vals en la revuelta confusión;
Te ví cogerle con afán secreto
Que el alma adivinó.
Mientras mi madre preparó mis galas,
Mientras mi padre concertó la unión,

Mientras mi novio me decía amores,
En tí pensaba yo!
Me dijo el mundo que por mí exponías
La vida en aras de mi hollado honor,
La aurora á cuya luz morir pudiste
Llorando me encontró.
Al partir á otros climas la fragata
Te ví mirando al puerto con dolor;
Calló mi lengua, devoré mi llanto,
Mi alma te despidió.
Cuando tu madre en soledad moría
Por tí y por ella le rogué al Señor;
Las frescas flores que en su tumba crecen
Mi mano las sembró.
Esclava soy de mi deber jurado,
Si mi padre vendió mi corazón,
En mi esperanza vivirás ausente,
En mi memoria, no.
Guarda el pañuelo que la sangre ostenta
Con que mi pena en su dolor mordió
Los torpes labios que guardar juraron
Fe del mentido amor.
Antes que tú perecerá quien tiene
De muerte herido el triste corazón.
¡Sé tú quien cubra con el blanco lienzo
Mi rostro sin color!

INVITACIÓN

Querido Luis: En premio del servicio
Que debe á tu pañuelo mi mujer,

Mañana jueves, á las siete y media,
Los dos te esperaremos á comer.

ECOS DE MADRID

«Ayer en el Retiro á un caballero
»Un ladrón el pañuelo le robó,
»Y no pudiendo dar con el ratero
»El robado al estanque se arrojó.
»Se han hecho diferentes comentarios
»Del hecho original,
»Y el suicidio atribuyen los diarios
»A trastorno mental.

—

«La señora Marquesa del Olvido,
»Condesa de Soler,
»Falleció en el teatro de repente
»En la noche de ayer.
»Su sorda y pertinaz melancolía,
»Según más de un doctor,
»Produjo el triste fin que Madrid todo
»Refiere con dolor».

EPÍLOGO

El noble viudo, que por dicha rara
Siempre halló gloria en la amorosa lid,
Terceras nupcias dicen que prepara
Que asombren á Madrid.
Tres hermosuras en su edad florida
Hizo suyas el ínclito Marqués,
Cuya salud y plétora de vida
Sobraron á las tres.

Rico, robusto, decidor, rumboso,
Nunca el tiempo en sentir diz que perdió;
Todo lo encuentra fácil el dichoso;
Cuanto quiso logró.
Buscando está para el amante nido
Mil antiguallas que á adornarle van:
De un almacén en el sin par surtido
Las busca con afán.
Un terso espejo en que su faz galana
Catalina de Médicis miró,
Y de Ninon, famosa cortesana,
Magnífico reló.
Vajilla de oro, espléndidos joyeros
Que usó el Gran Capitán,
Y un albornoz que regaló á Cisneros
El vencedor de Orán.
El manto que á la célebre Padilla
Cubría cuando el rey se la llevó,
Y el velo que una reina de Castilla
Para su boda usó.
Abanicos en áureo varillaje
Que eran de reinas y de damas mil,
Y rica falda de flamenco encaje
Que el talle hará gentil.
Todo lo compra el novio cariñoso,
Y el anticuario en charla sin igual
Mil rarezas le vende calumnioso
Para el hotel condal.
Y notando después que busca en vano
Algo que el anticuario adivinó,

Al verle que con una y otra mano
El traje recorrió,
De un montón donde está medio escondido
Coge un pañuelo que á ofrecerle va,
Y entre el encaje y diáfano tejido
Teñido en sangre está.
Regalárselo quiere al noble viudo
Que tanto cachivache le compró,
Y aunque el origen explicar no pudo,
Mintiendo lo inventó.
Del comprador altivo y desdeñoso
Los torpes ojos el pañuelo ven;
Y encontrándole pobre y haraposo
Le arroja con desdén.
«Guarde ese trapo vil de mil colores,
Dijo después, y echándose á reir,
Que huele á crimen y trasciende á horrores
Y no me ha de servir.»

. . . . . .

!Ay! en aquel instante de amargura
Nadie sintió el rumor
Con que en dos tumbas, en la noche obscura,
Sonaba un hondo, inmaterial temblor!

LXXII

LA PAZ EN LA CUNA

Tendido en su lecho
El niño sufría;
En llanto deshecho

El padre moría.
La madre le vela
Con amante afán:
Triste el niño á los dos los contempla;
Mirándole están:
La madre al esposo
Tiempo há que no mira;
De amor desdeñoso
La ausencia suspira;
El padre á la esposa
Tiempo há que no ve,
Y á los dos los separan quebrantos
De sólida fe.
El niño en su lecho
Los nombra y los llama,
Con ayes del pecho
Que á entrambos los ama.
Los dos acudieron
Su llanto al oir,
Y allí ya, sin mirarse á la cara,
Le escuchan gemir.
Con tímidos ojos
A entrambos mirando,
Los mudos enojos
Está adivinando.
La pena que siente
No sabe expresar,
Que en su infancia, infeliz, ¡sólo sabe
Reir ó llorar!
Les mira, y comprende

Que entrambos le adoran
Y al par les ofende
Mirarse, y que lloran,
Con llanto de hiel,
Y no entiende si lloran sus odios...
O lloran por él.
De un lado á otro lado
Se vuelve y suspira;
Doliente y callado
Y amante les mira.
Su dulce mirada
Les hace sufrir...
Y la vista clavando en el suelo
Se sienten morir.
Tenaz calentura
Voraz le devora;
Ya un ¡ay! no murmura,
Ni gime ni llora,
Sus ávidos ojos
Abiertos están,
Y en el cielo fijándose, dicen:
¡Señor que tendrán!
Volvió en sí la esposa
Y alzó la mirada:
Con otra enojosa
Cruzóse y airada,
Sonaron las alas
Del bien que voló...
¡Ay! el niño temblando de miedo
Los ojos cerró.

Ya el médico viene,
Su fe les impone,
La cura previene,
Remedios dispone.
Mandado les deja
Que habrán de mezclar,
Con la fúlgida flor del granado
La flor de azahar.
La trémula abuela
Que andando encorvada
Agita en silencio
La frente arrugada,
Tras hondo suspiro
Mirando á los dos,
Dulce olvido, con lágrimas mudas
Les pide por Dios.
Le infunden horrores
Esencias y gomas;
¡Mejor que dos flores...
Serán dos aromas!
Más grato en la cuna
Será confundír
Dos alientos que engendren un beso
Que aliente á vivir.
Los torvos esposos
Con ansia suspiran,
En llantos copiosos
Los ojos se miran.
Se oyeron las alas
Del bien que volvió...

¡Y el enfermo con dulce sonrisa
Los ojos abrió!
¡Los labios avanzan,
Los pechos palpitan,
Los ayes que lanzan
La atmósfera agitan...
Del niño en la cuna
Cayendo á los pies,
En un beso que nunca se acaba...
Se funden los tres!!

LXXIII

LA VIUDA

¡Cuánto debió de sufrir
Inés, de su Andrés al lado,
Viéndole, esposo adorado,
Entre sus brazos morir!
Al cielo su labio injuria,
Y en indignación extrema
Desesperada, y blasfema,
Y en rapto de inmensa furia,
Precipítase al balcón,
Y con ímpetu violento
Va arrojarse en un momento
De espantosa turbación.
Yo, su más leal amigo,
Contuve su furia airada.
Y su honda pena callada

Contemplé, mudo testigo.
  Un mes con hondo pesar
La ví tenaz padecer.
Sin comer, y sin beber,
Sin dormir y sin hablar.
  No bastaban á sus males
Padres, y amantes hermanos,
Ni los consuelos cristianos,
Ni tisanas ni cordiales.
  Por fin la materia insana
Venció de la pena fiera...
Y durmió una noche entera
Y parte de una mañana.
  Ya pasados veinte días
La encontré menos llorosa,
Aunque enferma, y ojerosa,
Y en sordas melancolías.
  Ya toma caldos ligeros
Y duerme al día seis horas,
Y recibe á unas señoras,
Y á dos ó tres caballeros.
  Mas jura que ha decidido
Toda cura resistir,
Y dejándose morir
Unirse al amor perdído.
  Su médico le es odioso,
Sólo el nombre la horroriza,
Porque el doctor sintetiza
El recuerdo más penoso.
  «Cálmate por Dios, la digo;

—¡No! me responde altanera;
¡Quien vida y salud me diera,
De mi bien fuera enemigo!»
De la corte me partí,
Y al comenzar el verano,
Un día en mi hogar lejano
Este parte recibí:
«Dime por un telegrama
»Las señas de tu doctor
»Pues voy de mal en peor
»Y estoy desde ayer en cama».
Contesté inmediatamente,
Y á poco Inés me escribió
Que mi médico logró
Curarla perfectamente.
Vuelvo á la corte; han pasado
Desde la muerte de Andrés
Once meses, y ya Inés
Su color ha recobrado.
Triste está, mas no afiigida;
Llora, más no desolada;
Yo la dejé destocada,
Y ora la encuentro prendida.
Ya llorando no trasnocha,
Y en contra de su deseo,
Sale, enlutada, al paseo
Melancólico de Atocha.
Ya en su rostro se divisa
Sol de brillantes colores;
Ya me atrevo á echarle flores...

Y le arranco una sonrisa.
  Los ojos claros y enjutos
El dolor tenaz no entorna,
Y el cuerpo gentil se adorna
Con más elegantes lutos.
  Al año, ya en el Retiro
Madrid la vuelve á admirar:
Ya su difunto al nombrar
Suple al llanto hondo suspiro.
  Y en el espléndido coche
Va, dando treguas al llanto,
Por la tarde al Campo santo,
Y al gran baile por la noche.
  La distracción de sus males
Que aún á sus solas la afligen,
Es «triste deber que exigen
Las conveniencias sociales».
  «Todo, le dije, hija mía,
Lo borra al fin el olvido;
Vuelvo á dejarte y te pido
Cese tu melancolía.
  Tal vez dijo, un año ó dos,
Me verá el mundo reir;
Más no tardaré en morir;
Con pena te digo adiós!
  Que aunque mis parientes tratan
De distraerme, y lo intentan,
Los recuerdos me atormentan
Y las memorias me matan».
  Volví al pueblo; me ofreció

Escribirme alguna vez,
Y en ocho meses ó diez
Ni una línea me escribió.
  Por fin, al año cumplido
Recibo una carta abierta
Cuyo sobre en mí despierta
Un recuerdo ya perdido...
  Y ¡oh funesto desenlace!
¡Oh naturaleza impía!
Leí: «Doña Inés García...
Participa á V. su enlace».

APÉNDICE I

Á Gaspar Núñez de Arce.

(HIMNO DEL TRABAJO)

LAS FERRERÍAS

Cuando en las horas tristes de moribundos días
Entre plomizas nubes su luz esconde el sol,
Y airado el mar se encrespa y en olas mil bravías
Refleja en sus cambiantes el cárdeno arrebol;
Perdido entre las sombras, poeta vagabundo,
Soñando lo pasado, cantor del porvenir,
Errante y solitario, me voy lejos del mundo
Á impulsos de un fantasma que en mi siento latir.
Del monte en las honduras cual ojos avizores
Distingo entre la niebla con tétrico fulgor
Las luces que en rojizos siniestros resplandores
Anuncian de las fraguas el infernal hervor.
Esclavas de su lumbre mis locas fantasías,
Seguir la luz me mandan y avanzo sin cesar;
Ya claras se columbran las hondas ferrerías
Y el són de los martillos se siente resonar.
¡Avanza, ensueño mío; desciende hasta los fondos
De la caverna inmensa do en sorda percusión,
Las anchas catacumbas y los cimientos hondos
Retiemblan pavorosos al rechinante són!
Las encendidas fraguas derraman su tesoro,
Centellas lanza el horno con lumbre sin igual,
Y en chispas deslumbrantes de estrépito sonoro

Se rompe en mil chasquidos el tosco mineral. [ras,
Aquí, bajo la atmósfera que engendran las calde-
La sangre hierve altiva saltando al corazón, [meras
Y al temple de estas fraguas se engendran las qui-
Que forja el alma en sueños de gloria y de ambición.
Aquí la fuerza inmensa de incógnitos titanes
Labrando va incesante con raudo martillar,
La eterna edad de hierro que alzando están los manes
De cien generaciones que el mundo vió imperar.
Sucumbe aquí á la fuerza la voluntad bravía,
Sofoca el pensamiento la destructora ley,
¡Que aquí el martillo labra la eterna tiranía
Con que la fuerza impera sobre la humana grey!
Señor seré del mundo si me labráis las mallas
Con que el cobarde pecho de hoy más defenderé,
De aquí saldrán las bombas que romperán las vallas
Que á mi poder se opongan con impotente fe.
Labrad, labrad aprisa las armas refulgentes,
Con que marchando al frente del bélico escuadrón,
Conquisten mis legiones comarcas diferentes
Sembrando en torno mío fatal desolación.
De los calientes hornos brotaron férreas galas
Las armas con que Marte se ostenta sin cesar,
Y el bélico atavío de armisonante Pálas
Triunfante entre el estruendo del ronco batallar.
Aquí soberbia Roma forjó en la fragua ardiente
Los toscos eslabones de sus esclavos mil,
Y el esplendente carro del César prepotente
Con que arrolló al vencido frenético y febril.
El ascua rutilante dió temple á la tizona,

Y ornó de Carlo-Magno la esplendorosa sién,
Y ungió á la grey cristiana con inmortal corona,
Cuando el sepulcro santo ganó en Jerusalén.
Forjó el martillo escudos y lanzas á millares,
Las fuertes armaduras del Cid y de Roldán,
Las cóncavas corazas, los anchos espaldares,
Los tersos capacetes de Gante y de Milán.
Labró la fragua ardiente, la gloria inmaculada
Con que el soldado hispano dió á mil empresas fin,
Y el resonante yunque forjó la férrea espada
Que abrióle ancho camino del orbe hasta el confin.
En himnos infernales, con estridentes tonos,
Se burla aquí la fuerza del débil corazón,
Y el hierro, avasallando los pueblos y los tronos,
Confunde en su estampido la voz de la razón.
¡No más alardes vanos de bélicos trofeos!
¡La nueva edad de hierro con santo ardor labrad!
¡Forjad las férreas liras con que hoy nuevos Tirteos
Difundan las victorias de nuestra hermosa edad!
Labrad el férreo puente y el arsenal gigante,
Y el poderoso alambre que el orbe ha de extender
Y la potente draga y el alto cabestrante,
Y el casco de la nave que el mundo ha de correr.
Forjad la ancha caldera do el agua se evapora
Para estrechar los mundos en alas del vapor
La espléndida y gallarda gentil locomotora
Que hienda las montañas con silbo atronador.
Fundid los caracteres que con su ronco acento
Volando al terso pliego la prensa haga pasar,
La prensa resonante, que extiende el pensamiento,

Palanca con que al mundo la mente hizo girar.
Labrad épicas trompas que atruenen los espacios
Llamando á las naciones en gloria á contender,
Y las techumbres altas de espléndidos palacios
Donde la industria humana sus glorias haga ver.
Forjad la mansa esteva de brillo refulgente,
Y las brillantes hoces y el rústico azadón,
Y el rutilante arado que con su corvo diente
Abra los anchos surcos que pingüe renta son.
Y cuando el hombre airado sus armas os demande
Y en són de guerra el mundo volviere á retemblar,
Cerrad las anchas puertas, y con misión más grande
Decid, que vuestro templo no venga á profanar.
Y en tanto el mundo vea que el temeroso ruido
No suena concitando las huestes á morir,
Y en la serena frente del labrador curtido
Veáis la luz radiante del bienestar lucir,
¡Cantad el himno ardiente de las modernas glorias
Y al cielo alzad serena vuestra tostada faz,
Forjando las campanas que canten las victorias
Con que á los hombres funde la esplendorosa paz!

Bilbao 1875.

APÉNDICE II

Á Antonio Fernández Grilo.

RELACIÓN DE VIAJE

Es el reino de Aragón
Una hospitalaria tierra,
Donde en la paz y en la guerra
Reina franco el corazón.
Cruzando sus verdes prados
Tres alegres pasajeros,
En tres jacos caballeros
Y por el hambre aguijados,
Buscando cena y abrigo,
Que gran falta nos hacía,
Ibamos al fin de un día
Por aquel país amigo.
Y al ver la cima lejana
De un altivo campanario,
Donde llamaba al rosario
La resonante campana,
Fuimos trotando á buscar
La luz que alcanzan los ojos,
Invadiendo unos rastrojos,
Y atravesando un pinar.
Ya el pueblo la vista alcanza,
Ya se oye tras los pinares

Ruido de alegres cantares
Y de aperos de labranza.
Torna el maestro de escuela
De pasear con el cura,
Y suena en la plaza obscura
El rasgar de la vihuela.
Y ya del pueblo á la entrada,
Con muy humildes modales,
Pedimos á unos zagales
Las señas de una posada.
Uno alegre y rubicundo
Dice: la tendrán de balde,
Porque en casa del alcalde
Hay posada *pa tol* mundo.
Seguimos, pues, sus pisadas,
Y después de andar á obscuras
Por estrechas angosturas
Y cuestas empecatadas,
Llegamos frente á un portal
Recién pintado de blanco,
Y en el cual había un banco
De reluciente nogal.
Era espaciosa la puerta,
Ancho el patio y empedrado,
En un ricón, un arado,
Un azadón y una espuerta.
La escalera desigual
Al fin de doce escalones
Daba entrada á los salones
De la autoridad local.

Cruzamos una antesala
Que decoraban sencillas
Las mazorkas amarillas
Y unas estampas de Atala,
Y en la sala entramos ya
Donde esperaba á los tres
El alcalde, á quien después
Más despacio se verá.
Era más ancho que estrecho
El cuarto donde nos vimos,
Y mil fragantes racimos
Pendían del alto techo.
En tersura sin igual
Que casi á la vista ofende,
La blanca pared, trasciende
Á la fresca y limpia cal.
Son de la estancia el adorno
Un sofá de tosco asiento,
Y diez sillas de convento
De las paredes en torno.
Á un lado sobre una mesa
Cintas de varios colores,
Que anunciaban las labores
De la señora alcaldesa.
Y en amable confusión
Con la aguja y el dedal,
Y á la lumbre artificial
De un reluciente velón,
Un sombrero y una faja,
Un tintero de vajilla,

Un paquete de holandilla,
Un limón y una baraja.
En un rincón un altar
Lleno de santos primores,
Y en él cubierta de flores
Una Virgen del Pilar.
Y en los otros tres rincones
Por el orden que lo expreso,
Una guitarra, y un peso,
Y una carga de melones.
En las paredes colgados
Dos á dos y tres á tres,
La historia de Hernán-Cortés
En diez cuadros apaisados.
Un espejo, y un pandero,
Una rastra de camuesas,
Un reló de cinco pesas
Y un retrato de Espartero.
Tal era el tranquilo hogar
Del alcalde aragonés,
Donde sentimos los tres
En el punto de llegar
De alegre sartén el són
Y un sonar de aceite frito
Que excitaba el apetito
Y ensanchaba el corazón;

I.

Era el alcalde sencillo,

De semblante satisfecho,
Un hombre de pelo en pecho
Y un mozo como un castillo.
Alto, fornido, potente,
Robusto, de faz tostada,
Franca y noble la mirada
Y ancha y serena la frente.
Viéndole en su noble agrado
Le amó el alma agradecida,
Como si toda la vida
Nos hubiéramos tratado.
Ya la robusta alcaldesa,
Digna de eternos pinceles,
Tiende los blancos manteles
Sobre la redonda mesa.
Y en torno sentados ya,
Y por su mano servidos,
Cual tierna familia unidos,
La cena llegando va.
Brindan sabroso regalo
Blando pan y fresco vino
Y ancho vaso cristalino
Y las cucharas de palo.
Ya los hondos platos llena
La caldosa sopa hirviente,
Y aroma en ella el ambiente
La fragante yerbabuena.
Tras ella, de oro vestidas
Llegan chillando quejosas
Las anchas magras hermosas

En blanca fuente extendidas.
Viene después bien servido
El capón que ostenta en torno
Magnas lonjas por adorno
Del oloroso embutido;
Y las berengenas rojas
Y aromáticas lechugas,
Que en las rizadas arrugas
De frescas y blancas hojas
Cubren la yema amarilla
Del huevo en ruedas cortado,
Que es adorno regalado
De la legumbre sencilla.
Postres vienen diferentes;
Blanca miel, dulce mostillo
Y tierno queso amarillo,
Y las almendras crujientes;
Y de las huertas colmadas
Ricos y sabrosos dones,
Los dulces melocotones
Y las ciruelas doradas;
Las uvas que vierten mieles,
Las peras frescas y sanas,
Las encendidas manzanas
Y los dulces moscateles.
Harto el estómago está
De tan abundante cena
Y obliga á decir con pena:
¡Basta por Dios, basta ya!
Y el alcalde sonriente,

Mientras la cena reposa,
Cuenta con voz cariñosa
Su pasado y su presente,
Las glorias de aquella guerra
Que humilló al francés odioso,
Su casamiento dichoso,
La labranza de su tierra...
Alma entera, hombre de hierro,
Que funda sus regocijos
En su mujer y sus hijos
Y su escopeta y su perro!

.....

.....

Ya en el reló del rincón,
Con sonido agudo y breve,
Ha dado el cuco las nueve
Y horas de acostarse son.
Ya la alcaldesa nos llama
Y con la luz va guiando,
Y á cada cual va dejando
A la orilla de su cama.
En ella, por dulce empeño
Del huesped y franco amigo,
Encontramos blando abrigo
Y tranquilo y dulce sueño.
Y cuando el sol sus fulgores
Vertió por los altos cerros,
Nos despertaron los perros
Y el cantar de los pastores.
Al oir que la jornada

Continuar debemos presto,
Los esposos con un gesto
Muestran que no les agrada.
Y antes de vernos partir
La huerta enseñarnos quieren,
Porque nuestros ojos vieren
Como allí saben vivir.
Ábrese el ancho granero
Donde en montón soberano
Brilla el rubicundo grano
Fruto del rústico esmero.
Su oculto lujo despliega
Rico el caudal de las uvas,
En las opulentas cubas
Que llenan la ancha bodega.
La huerta en sus mil labores
Muestra el bien de sus hogares
En los anchos patatares
Y en las verdes coliflores.
Y hay al costado un jardín
Donde encantan el ambiente
Los murmurios de una fuente,
Y el aroma del jazmín,
Y bajo fuertes techados
Doce mulas descansadas,
Y hoces y trillos y azadas
Y refulgentes arados.
Todo con faz placentera
Muestra el huesped cariñoso,
Mientras va el sol presuroso

Remontando su carrera.
Y después de agradecer
Con el alma y con la vida
La dulce y tierna acogida
Que logramos merecer,
En los caballos subimos,
Y como buenos hermanos
Les estrechamos las manos
Y con pesar nos partimos.
Ellos pidiendo perdones
De aquel humilde hospedaje
Nos dan el feliz buen viaje
Con alegres expansiones,
Y saludando á los dos
Y atravesando el lugar,
Volviendo el rostro por dar
Otra vez un tierno adiós,
Al ver del campo en la plana
El sol con dulces reflejos,
Y al escuchar á lo lejos
El tañer de la campana,
Y al contemplar los pastores
Y los humildes rebaños,
La sombra de los castaños
Y el esplendor de las flores,
Grité envidiando la calma
De aquel retiro silvestre:
¡Oh dulce vida campestre!
¡Oh tranquilidad del alma!

FIN DEL TOMO XXIV

LISTA DE SUSCRIPTORES

A LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

Azcárate (D. Gumersindo de).
Ayerbe (Sr. Marqués de).
Alvarez Mariño (D. José).
Aguilera (D. Alberto).
Alba (D. Enrique).
Ahumada (D. Luis de).
Andrade (D. Rafael).
Avilés (D. Benjamín).
Argüelles (Sra. Marquesa de).
Amboage (Sr. Marqués de).
Asmir (Sr. Conde de).
Barzanallana (Sr. Marqués de).
Barceló (D Luis).
Bejar (D. Antonio).
Benedicto (D. Manuel).
Bermúdez (D. José).
Beruete (D. Aureliano de).
Bivona (Sr. Duque de).
Blanco (D. Domingo).
Bretón (D. Tomás)
Bessières (D. Luis).
Casa Laiglesia (Sr. Marqués).
Carbó (D. Juan).

Cubas (D. José de).
Cánovas del Castillo (D. Jesús).
Cruz (D. Pablo).
Cañabate (D. Joaquín).
Castillo de Chirel (Sr. Barón del).
Canalejas (D. José).
Coello (D. Alonso).
Casa Valencia (Sr. Conde de).
Casa López (Sra. Marquesa de).
Caudilla (Sr. Conde de).
Cendra (D. Manuel).
Delgado (D. Eleuterio).
Dato (D. Eduardo).
España (D. Gabriel).
Escosura (D. Julio de la).
Esteban Collantes (Sr. Conde de).
Estévanez (D. Nicolás).
Echenique (D. Francisco).
Fabra (D. Nilo).
Ferrer (D. Gabriel).
Florez (D. Carlos).
Goyenechea (D. José).
Gómez Rodulfo (D. Angel).
Gómez Renovales (D. Juan).
González Beltrán (D. Enrique).
García Patón (D. Federico).
Hinojosa (D. Ricardo).
Iturralde (D. Daniel de).
Icaza (D. Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (D. José de).
Jungairin Iriño (D. Manuel).
López Domínguez (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Larregla (D. Joaquín).
León (D. Luis de).

Longoria (D. Javier).
Loygorri (D. Federico).
Luque (D. Manuel).
Llano y Persi (D. Manuel de).
Llobregat (Sr. Conde de).
Llaneces (D. José).
Lías (Señora Viuda de).
Muñoz de Baena (D. José).
Muñoz de Baena (D. Luis).
Manrique de Lara (D. Manuel).
Madariaga (D. Federico de).
Murga (D. Eduardo).
Maestre (D. Tomás).
Muguiro (D. Javier).
Malladas (Sr. Conde de).
Muñoz (D. Salvador).
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino).
Montefuerte (Sr. Conde de)
Montes Sierra (D. Nicasio).
Navas (Sr. Conde de las).
Otamendi (D. Miguel).
Puente (D. Joaquín de la).
Pacheco (D. Antonio).
Pérez y Alonso (D. Gaspar).
Perinat (D. Luis).
Potous (D. Juan).
Retortillo (D. Alfonso).
Reparaz (Sr. Conde de).
Rica (D. José de la)
Rodríguez-del-Manzano (D. Valeriano).
Romanones (Sr. Conde de).
Ruiz de la Prada (D. Manuel).
Rosell Malpica (D. J. Manuel).
Sainz de la Maza (D. Joaquín).
Soriano Murillo (Sra. Viuda de).
San Luis (Sr. Conde de).

San Román (Sr. Conde de).
Sacro Lirio (Sr. Barón del).
Spottorno (D. Ricardo).
Sánchez Guerra (D. José).
Sotomayor (Sr. Duque de).
Sala (D. Emilio).
Squilache (Sra. Marquesa de).
Santa Coloma (Sra. Condesa Viuda de).
Santo Mauro (Sr. Duque de).
Sterling (D. Gustavo).
Tamames (Sr. Duque de).
Tolosa Latour (D. Manuel de).
Terán (D. Eduardo).
Tavara (Sr. Marqués de).
Traumann (D. Enrique).
Tovar (Sr. Marqués de).
Ubao (D. Manuel).
Ugarte (D. Javier).
Viñaza (Sr. Conde de la).
Villalobos (D. José).
Vilches (Sr. Conde de).

Ayuntamientos de Zaragoza, Jaca, Bilbao, Cartagena, Cádiz, Valencia, Pontevedra y Badajoz.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.

LS
B644

206189

Author Blasco, Eusebio

Title Obras completas. Vol. 24.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU